



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

FACULTAD DE HUMANIDADES

ALBERT COSSERY O UNA ÉTICA DE LA PEREZA

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRÍA

MAESTRA EN HUMANIDADES: **ÉTICA SOCIAL**

PRESENTA:

BELÉN NAVA VALDÉS

J. LORETO SALVADOR BENÍTEZ

DIRECTOR DE TESIS

SIGIFREDO ESQUIVEL MARÍN

CO-DIRECTOR DE TESIS

HERMINIO NÚÑEZ VILLAVICENCIO

TUTOR INTERNO DE TESIS



ABRIL, 2024

El único tiempo precioso, querida Nahed, es el que el hombre consagra a la reflexión. Es una de esas verdades indecentes de las que abominan los mercaderes de esclavos.

Albert Cossery, "Los colores de la infamia".

Índice

Abreviaturas de los textos de Albert Cossery

Introducción

Capítulo I: Apología de la pereza

- 1.1 ¡No me hables nunca de trabajar!
- 1.2 Consideraciones éticas de un parásito lúcido
- 1.3 Contra la ambición
- 1.4 Forjarse una existencia en el tedio

Capítulo 2: ¿Intentando la contrabiografía?

- 2.1 De la negativa a escribir la biografía
- 2.2 ¿Quién es Albert Cossery?
- 2.3 ¿Cossery, un pensador lúcido?
- 2.4 Literatura sin ilusiones

Capítulo 3: Resonancia de la obra cosseriana en la filosofía occidental

- 3.1 Diógenes y Cossery o la burla como farmacopea contra la marcha de un mundo encaminado hacia la estolidez
- 3.2 Epicuro y Cossery o contra la tiranía moderna de la felicidad
- 3.3 Nietzsche y Cossery o la moral capitalista como la actual moral de esclavos
- 3.4 Emil Cioran y Albert Cossery o una ética de la negación

Conclusión

Bibliografía

- A) Textos de Albert Cossery.....
- B) Obras y artículos especializados sobre Albert Cossery
- C) Obras complementarias

Abreviaturas de los textos de Albert Cossery

(La referencia bibliográfica completa se encuentra al final del texto)

HD: Los hombres olvidados de Dios

CM: La casa de la muerte segura

HV: Los haraganes del valle fértil

MO: Mendigos y Orgullosos

VB: La violencia y la burla

CS: Una conspiración de saltimbanquis

AD: Una ambición en el desierto

CI: Los colores de la infamia

Introducción

El mejor homenaje que se le puede reservar a un escritor que predicó la pereza como modo de vida es leerle con la lentitud con la que, se decía, él tallaba cada una de sus frases. Por desgracia, la dinámica de la aceleración va inhibiendo cada vez más esta posibilidad. Seguramente, las líneas que presento a continuación terminarán también en el vertedero de lo inexistente, ahí donde van a parar todas las mercancías que se producen en serie. Pero antes de que eso pase quisiera decir unas cuantas cosas.

No niego lo arriesgado que es escribir sobre un autor desconocido que, además, es literato y que pretende -por capricho de quien ahora escribe- inmiscuirse en asuntos morales. ¡Vaya complicación! En cuanto a su anonimato, sólo puedo decir que, efectivamente, su obra literaria ha tenido escaso eco en el mundo de las letras. En México, por ejemplo, no conozco un sólo texto que ahonde en su pensamiento. Éste, no obstante, no creo que sea un obstáculo, por lo menos nutre el regocijo inconsciente cuando se sabe nuevo en algo.

Ahora bien, considero que, si se piensa a la filosofía como una actividad fundamentalmente teórica, ¿será necesario decir qué autores liderean esta perspectiva?, efectivamente la obra de Albert Cossery no cuadraría en los parámetros. Sin embargo, si se le concibe como una preocupación por la vida, como lo era en época antigua, donde estaban muy lejos de autodenominarse con el epíteto de “profesor de filosofía”, entonces el pensador egipcio está en un buen lugar.

El objetivo del trabajo de tesis que a continuación se presenta consiste en analizar la manera en la que la ética de la pereza, extraída de los textos cosserianos, y entendida como una crítica a las morales capitalistas (centradas en su carácter utilitarista, que niegan la dignidad de los seres humanos, al reducirlos a cosas entre las cosas), es posible desacelerar y paliar malestares provenientes de su misma apetencia productivista, como el estrés, la depresión o el *burnout*. Delinear una ética

de la pereza que, además, permita construir otras realidades, más allá -o más acá- de la imperante. Realidades que no reduzcan nuestra existencia a la penosa condena de tener que trabajar para vivir, producir para consumir, etc.

El problema de las éticas imperantes es que producen lo contrario de lo que prometen. Ligadas a una ética felicista, donde la felicidad se vuelve el mandato supremo, el individuo contemporáneo, al ver que este ideal -como todo prototipo- es imposible de alcanzar, va creando en él padecimientos de orden psicológico. Luego, el llamado “sujeto exitoso” es, más bien, un individuo insatisfecho que rebota entre los miles objetos que oferta el mercado y las incontables actividades que le reserva la velocidad que ha terminado por absorberlo, antes que un ser que ha alcanzado su plenitud.

Capítulo 1: Apología de la pereza. Decidí comenzar el apartado con algunas palabras introductorias que hicieran presente la problematización de la investigación. A partir de un relato subjetivo, narrado en primera persona del singular, fui ahondando y contrastando la engañosa eficacia de las éticas mercantilistas con sus consecuencias deplorables. Para pasar, posteriormente, a la crítica radical que Cossery lanza en contra del trabajo concibiéndolo como tiranía moderna de una sociedad que mantiene a individuos fijados a un ajeteo constante.

En la segunda sección, abordo al tema de la pereza, diciendo de ésta que, al menos en los textos cosserianos, está más próxima a las cosmovisiones orientales que al tiempo libre producido por el mismo Capital.

Mientras que, el tercer apartado argumenta que la ambición desmedida constituye uno de los males más grandes de la humanidad. Enunciado que se sustenta, incluso, en corrientes filosóficas como el estoicismo.

En cuanto al tercer apartado, examiné el tópico del aburrimiento por considerarlo consecuencia directa de la pereza. Y menciono la necesidad de reconciliar el tiempo de la existencia humana con el del tedio, en donde las posibilidades y matices quedan abiertos a la creatividad.

Capítulo 2: ¿Intentando la contrabiografía? Esta parte versa sobre los rasgos biográficos del autor y su negativa a enfrascarse en el estilo literario de la biografía.

En el segundo apartado, reseñé una semblanza de Albert Cossery, intentando hacerle justicia, al considerar que él y su obra eran la misma cosa. Por lo que, extrayendo eventos significativos de sus escritos, a mi parecer, los amalgamé con algunos datos sueltos que hablaban sobre su vida.

Entre tanto, en la tercera sección hablé sobre la literatura sin ilusiones, contraponiéndola a la producción en serie a la que el mercantilismo ha reducido la expresión literaria. Traté de brindar los elementos que sostienen que aún, con esta lógica capitalista, los textos subversivos, aunque ahora más difícil que nunca, de vez en cuando asoman de entre los basureros del capital, en los que las librerías se han convertido.

Capítulo 3: Resonancia de la obra cosseriana en la filosofía. Al utilizar en este apartado el término “resonancia” no pretendo afirmar que la obra cosseriana haya tenido impacto profundo en la filosofía. He dicho anteriormente, por el contrario, que su efecto en los escritores contemporáneos ha sido nulo, por menos en esta parte del mundo. Más bien, me refiero a los paralelismos que creí haber hallado entre Cossery y algunos estudios que incursionaron en el terreno filosófico, con la intención de solidificar la perspectiva desde la cual es posible hacer una lectura filosófica de la obra cosserana.

Es pertinente mencionar, asimismo, que en cada una de las secciones agregué un párrafo que tratara de justificar el por qué la relación con tal o cual autor. Aunque, en general, hay sobrados puntos en común entre el pensador egipcio y las escuelas helenísticas, decidí retomar únicamente a Diógenes de Sinope y a Epicuro, por mero capricho, sin denostar las afinidades intelectuales que pudieran hallarse con pensadores del mismo talante. Particularmente me interesé por el tema de la burla, el placer y la felicidad. Añado, también, una lectura de tales temas en la actualidad y marco la distancia interpretativa respecto a la antigüedad.

Los dos últimos apartados de este capítulo versan sobre la afinidad intelectual entre el pensador cairota y dos escritores del siglo XX; a saber, Nietzsche y Emile Cioran. En el cuerpo de la sección menciono que, respecto de este último, no es la primera vez que abogo por establecer una relación; y, aunque retomo, consideraciones que había tratado en trabajos anteriores, traté de expandir la proximidad a la que aludo.

Ahora bien, como en todo trabajo de investigación, desde la academia, se nos impulsa a tener que enunciar el método utilizado en el proyecto de tesis, como un acto de confesión. Mentiría si dijera que me valí del más sofisticado de los métodos existentes en filosofía; pues mi forma de proceder, como la de muchos otros, no fue otra más la lectura y la escritura. No hay maniobra de alquimista, sólo leyendo y escribiendo es como se produjeron las líneas que siguen a continuación.

A fin de justificar su actualidad, recurriré a las propias palabras de Albert Cossery, pues considero que ilustran de manera exacta lo referente a la vigencia de su pensamiento: “No creo que en literatura haga falta ser o no contemporáneo, pues hoy en día podemos leer sin problemas a Stendhal o Dostoievski, a pesar de que haya escrito en otro tiempo y otro lugar. Son eternos. Un escritor siempre escribe sobre una realidad persistente y universal”.¹

¹ Michel Mitrani, *Conversación con Albert Cossery*, p. 17.

Capítulo 1: Apología de la pereza

Al menos los esclavos tenían tiempo
para comer con sus familias.

Vivian Abenshushan, "Escritos para desocupados".

1.1 ¡No me hables nunca de trabajar!

No cabe duda que la vida no se concibe sin el trabajo. El mismo Hegel afirmó que era propio de bárbaros el ser perezosos y recrearse en la propia abulia.² Ciertamente es que las condiciones laborales precarias de las que fueron víctimas los antepasados están sólo en el recuerdo. Aquéllas *workhouses* del siglo XVII que obligaban a los trabajadores a tener que laborar por día catorce horas continuas pronto fueron borradas del libro de la historia. La humanidad a menudo ha sido benevolente. Asimismo, las revoluciones, principalmente la francesa, trajeron consigo minúsculos, pero gratificantes beneficios a los seres humanos. Sólo hay que imaginar que de catorce horas laborales se implantara una ley que hiciera posible dedicar tan sólo doce horas diarias al trabajo. Y ni qué decir de la jornada laboral actual.

La riqueza de nuestras naciones, ya lo había dicho Adam Smith, se debe a nuestro trabajo.³ Gracias a la capacidad de producir, a ser útiles, la humanidad progresa. O lo que es lo mismo, sólo desprendiéndonos de nuestro ocio conquistamos la civilización. Pero afirmar esto último no es totalmente convincente. El capitalismo siempre piensa en todo. A fin de que disfrutemos y consumamos lo que se ha producido, se nos reserva el tiempo del descanso. No podemos pasar la existencia entera trabajando. Hace falta el lapso temporal que nos reanime y nos

² Grupo Krisis, *Manifiesto contra el trabajo*, p. 47.

³ Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, p. 23.

recuerde aquello que organizaciones como la Comisión Nacional de los Derechos Humanos ratificaba: que el derecho al trabajo es fundamental e inseparable de la dignidad y humana.⁴

Así que, se cometería un error si dijera que el ocio nos ha sido arrebatado. Inmediatamente la Organización de las Naciones Unidas evidenciaría el poco sustento de mi aseveración, agregando una nota adjunta a la *Carta sobre el ocio*,⁵ probablemente haciendo hincapié en los artículos que exigen que a los individuos les sea consignado un tiempo libre en el que hagan lo que les plazca: que escuchen la música que no escucharon en su exhaustiva vida laboral, que vayan a contemplar los actos artísticos que se han realizado pensando en ellos, que participen en cualesquiera actividades que no les demanden compromisos. En fin, el ensamble de una parafernalia que no puede obviar los límites biológicos humanos.

Conviene, también, mencionar las importantes contribuciones que la ciencia ha implementado a la idea del trabajo, facilitándonos la vida, llevándola a sólo un clic. Parece que fue F. W. Tylor quien creyó pertinente acceder a los conocimientos científicos para organizar de una manera más óptima el ambiente laboral. Gracias a esta idea, desarrollada en *The principles of scientific management*, se logró que los obreros se dedicaran exclusivamente a una actividad; es decir, se especializaran. Esto provocó que la producción en serie se lograra a una mayor velocidad. De la misma manera, que se tuviera más control sobre los trabajadores. No cabe duda, la ciencia está del lado de nuestros intereses. Pues, como afirmara Benyon, según refiere Benjamín Coriat en su texto *El taller y el cronómetro*,

Esta época marca el principio de la cooperación entre expertos de formación universitaria (sociólogos, psicólogos, psicotécnicos, etc.) y hombres de negocios. Ford se rodea muy pronto de un «departamento de sociología» y de un cuerpo de inspectores y controladores. (Se trata de treinta «investigators».) Su misión esencial: controlar, desplazándose a los hogares

⁴ Comisión Nacional de los Derechos del Hombre, *Derecho humano al trabajo y derechos humanos en el trabajo*, noviembre 2016. Disponible en: <https://www.cndh.org.mx/sites/default/files/documentos/2019-05/Cartilla-DH-trabajo.pdf>. (Consultado el 14 de junio de 2023).

⁵ World Leisure Organization, *Carta sobre el ocio*, Disponible en: https://www.worldleisure.org/wlo2019/wp-content/uploads/2021/07/Charter-for-Leisure_es.pdf. Consultada el 14 de junio de 2023.

obreros y a los lugares que frecuentan, cuál es su comportamiento general y, en particular, de qué manera se gastan el salario.⁶

Pero el papel que ha jugado la ciencia en los avatares humanos ha seguido marcando terreno. La actual industria de la felicidad y la manera de conseguirla con el pretexto de nuestra autorrealización está sustentada en lo que se ha llamado psicología positiva, en donde la vida laboral es un elemento imprescindible, ya que “[...] la felicidad no sólo se correlaciona con el éxito laboral, sino que la felicidad es precursora y determinante de dicho éxito”.⁷ Aunque ha habido muchos intentos por cuestionar los fundamentos científicos de esta disciplina, lo cierto es que el impacto social que ha tenido es indudable. ¿Quién no añora la felicidad? La vida frenética en la que actualmente nos anegamos, como torpedos pegados al fondo del océano, no tendría mucho sentido si al final del camino no estuviera la promesa felicista. Prototipo de seres humanos: productivos, emprendedores, positivos, consumidores y felices.

Desde que Seligman descubriera la manera de amortiguar emocionalmente los malestares humanos y sustituir nuestras patologías por la apetencia de la vida buena (en plena concordancia con las exigencias de la tecnocracia), de la que los únicos responsables somos nosotros mismos, las preocupaciones dejaron de ser de orden económico para convertirse en asunto de orden emocional. Es decir, que carezcamos de objetivos a largo plazo, que la fatiga haga peso en nuestros cuerpos, que a menudo descubramos pensamientos infructuosos, no son más que deficiencias de nuestro interior, una negatividad que anteponemos al exterior porque no somos lo suficientemente capaces de adaptarnos al mundo. Pero deficiencias que son factibles de resanarse con una adecuada conducción de nosotros mismos porque, ¡por fortuna!, están los salvavidas.

La resiliencia, esa técnica de adaptación de la que gozan los seres humanos, nos libera de las fragilidades y vulnerabilidades. Porque “según los psicólogos positivos, los trabajadores resilientes se definen por la capacidad de adaptarse a las

⁶ Benjamin Coriat, *El taller y el cronómetro*, p. 57.

⁷ Edgar Cabanas y Eva Illouz, *Happycracia*, s/p.

eventualidades y de convertir la adversidad en una oportunidad para crecer personalmente. De acuerdo con sus estudios, estos trabajadores son empleados más flexibles emocional y cognitivamente, lidian mejor con la multitarea, reaccionan de forma más positiva a las reconfiguraciones de su puesto de trabajo e improvisan en momentos de incertidumbre”.⁸

Se ha trabajado demasiado para proveer de sumas recompensas a los individuos. Además, la tecnología ha sido fuente indispensable en este objetivo. Basta imaginarse la cantidad indeterminada de objetos que se han producido y siguen produciendo para nuestra autosatisfacción: si antaño teníamos que esperar días enteros para recibir la respuesta de nuestras cartas enviadas, ahora basta con puchar un botón para que en cuestión de microsegundos el mensaje llegue a su destinatario. Hoy en día, sólo se requieren minutos contados para desplazarnos de una ciudad a otra. Asimismo, ya no es necesario acudir a la oficina, y tener que soportar las excentricidades de los compañeros de trabajo, para cumplir eficientemente con las tareas consignadas. El desarrollo tecnológico nos ha hecho la vida más cómoda.

El tiempo y el espacio de la llamada aldea global, en donde estamos comunicados a todas horas y con todo mundo, precisa de un movimiento continuo y fluido, por cierto, cada vez más dinamizado, al que nos ajustamos, pues de lo contrario, la zozobra terminaría por minarnos. Nunca como ahora nuestras necesidades han estado más que satisfechas, incluso más de lo deseado. Tal vez éste sea el sentido por el que Aristóteles afirmara que: “el bien es el fin de toda producción”.⁹ Así que, todo lo que la humanidad un día soñó está al alcance de la mano: el conocimiento portado en nuestros teléfonos móviles, el trabajo perfecto que se adecua a los propios intereses (El caso de los empleados de Starbucks, quienes ante la solicitud que demandaron a la empresa para obtener mejores condiciones laborales y recibieron una suscripción gratuita a la aplicación de meditación Headspace, es ejemplar¹⁰). Los viajes soñados para atestiguar los

⁸ *Ibidem*.

⁹ Aristóteles, *Metafísica*, Libro I.

¹⁰ Marian Donner, *Manifiesto en contra de la autoayuda*, p. 74.

colores variopintos de la humanidad, buena salud, hijos a los que les heredamos todas estas bondades y, ¡lo mejor!, lo podemos hacer a una velocidad inimaginada. El tiempo es un fiel aliado.

Empero, si las cosas marcharan tan bien como las éticas capitalistas lo presuponen, según he intentado describirlo anteriormente, no se explicarían las consecuencias aniquilantes que este añejo ideal del trabajo ha traído consigo, sostenido sobre la creencia de que para alcanzar las metas individuales y lograr la autorrealización sólo es menester emplearse y rendir hasta deslomarse.

Albert Cossery fue un escéptico de la bondad del trabajo para la vida humana. Su pensamiento, por el contrario, se arraigó sobre una postura cuestionadora de la idea de la productividad y sus beneficios materialistas. “Vi a los hombres que trabajaban en esas fábricas; ya les quedaba poco de hombres. Todos llevaban el infortunio pintado en sus rostros. Si abandoné los estudios fue sólo por no convertirme en jefe de esa horda de agonizantes”.¹¹

En su obra no deja de hacer patente, quizá hasta la saciedad, el fastidio que le ocasionaba la convulsión de los seres humanos por afanarse en tareas inútiles que nada contribuyen a la constitución de una vida auténtica. Sino que, por el contrario, agotan las energías de que dispone un individuo para someterlo a un cansancio tal que no le queden ganas de atisbar un resquicio vital.

Incluso, con la ironía que le caracteriza, escarnece a sus contemporáneos por dejarse embelesar en semejante fraudulencia. Vergüenza no es el reposo, afirmaría sin tapujos Cossery, lo realmente embarazoso es alistarnos en esta hecatombe que nos exige vivir frenéticamente, contribuyendo a estrujarnos la testa aparentando darle un sentido a la existencia propia.

[Shaah] era hijo de una criada que no tenía a nadie más que a él en el mundo, porque su marido estuvo entre los primeros imbéciles en marcharse a trabajar en la industria petrolera de un emirato vecino. Cayó dentro de una

¹¹ HV, p. 60.

cisterna y nunca se recuperó el cadáver. Incluso de adulto, Shaat nunca hablaba de él, como si le avergonzara haber tenido un padre tan estúpido.¹²

En el mismo tenor, el escritor caiota pone en tela de juicio los ideales de la sociedad de consumo, sostenidos sobre ese añejo fetiche occidental que, si bien ha contribuido al progreso material de la humanidad, también lo ha hecho en detrimento de su avance espiritual. “¡Un progreso espiritual, sí! Aunque no en sentido religioso. Espiritual quiere decir en el espíritu. Es muy difícil; por eso, la humanidad no ha avanzado un dedo desde hace milenios. Lo vemos hoy en día en cualquier parte del mundo: la gente se oda, hacen la guerra, se matan”.¹³

Es decir, las éticas capitalistas venden la idea de que trabajando conseguiremos todo aquello que oferta el mercado y, por consiguiente, el ser humano será feliz. Atiborrarse de objetos es la narrativa de una sociedad fundada sobre el orden material. Empero, para Cosseray este discurso trillado es falaz, pues mantiene a los sujetos en la esclavitud, haciéndolos rendir la mayor parte del día sin dejar espacio para la reflexión y la autosatisfacción. Por ello, afirmaba:

-¡Trabajar! -exclamó Rafik. - ¡Ganarme la vida! ¡Eso es lo que piensas! ¿Y decías que me amabas? Entonces, ¿qué habrías hecho conmigo si no me hubieras amado? Con esas ideas puedes matar a un hombre. No, Imtissal, yo no estoy hecho para el trabajo.

-¿Para qué estás hecho entonces?

-Estoy hecho para dormir y vivir en un rincón, lejos de los hombres. Escúchame, Imtissal, tengo miedo de los hombres. Todos son unos criminales, como tú, y pretenden hacer trabajar a los demás.¹⁴

Por lo anterior, “cuando un hombre te habla de progreso debes saber que quiere esclavizarte”.¹⁵ Además, el trabajador petrifica su capacidad creativa en los

¹² AD, p. 42.

¹³ Michel Mitrani, *op. cit.*, p. 130.

¹⁴ HV, p. 133.

¹⁵ HV, 62.

repliegues de las actividades monótonas y fastidiosas que le demanda su jornada laboral. En otras palabras, el trabajo mutila, con su acostumbrada rutina, la capacidad de crear, innata en el ser humano, soterrándonos mediante su lógica putrefacta en actividades fútiles. Así pues,

Vivimos para crear, pero nuestro mundo se empeña en impedirlo. Nos lo da todo hecho, nos propone un séptimo día para descansar eterno. Sólo nos permite desenvolver regalos, llenar carritos, cambiar de canal: la vida entendida como eterna y oxidada fiesta de cumpleaños, como centro comercial laberíntico, como zapeo epiléptico. Sin la posibilidad de aportar nada. Con la vaga sensación de que originamos, cuando sólo escogemos. Fertilidad de objetos que se amontonan sobre la esterilidad de los proyectos.¹⁶

Por otro lado, no son pocos los autores que ayudarían a sostener el desdén cosseriano por el baluarte santificado por occidente. Otros tantos han dedicado su vida intelectual a denunciar la manera en la que el trabajo aliena a los individuos y los deshumaniza. Inclusive, valiéndose del ejemplo de la Grecia antigua, argumentan en contra del olor insípido y contradictorio que se desprende del trasfondo capitalista.

En este orden de ideas, Paul Lafarge argüía que en la sociedad contemporánea las condiciones laborales son tales que hacen del trabajo una fuente eficaz de alienación y precarización de los seres humanos. “Los obreros no pueden comprender que al fatigarse trabajando, agotan sus fuerzas y las de sus hijos; que, consumidos, llegan antes de tiempo a ser incapaces de todo trabajo; que, absorbidos, embrutecidos por un solo vicio, ya no son hombres, sino pedazos de hombres; que matan en ellos las facultades bellas para no dejar en pie, lujuriosa, más que la locura furibunda del trabajo”.¹⁷

En la misma línea, Bob Black hace lo propio al revelar los tejemanejes de una sociedad que instituye el homicidio como forma de vida. “Nuestros cuarenta o

¹⁶ Jesús Villegas, *Monólogos contra la tontería*, p. 231.

¹⁷ Paul Lafarge, *El derecho a la pereza*, pp. 43-44.

cincuenta mil muertos anuales en carretera son víctimas, no mártires. Mueren por nada. Mejor dicho, mueren por el trabajo. Pero el trabajo no es nada por lo que merezca la pena morir”.¹⁸ Tal vez el fenómeno del *karoshi* japonés requiera algunos destellos de la lucidez del escritor norteamericano para comprender como las condiciones sociales terminan por deteriorar la misma vida de sus individuos.

Al respecto, las reflexiones propuestas por el médico canadiense Gabor Maté, quien, en una conferencia pronunciada en el año 2015, proponía recaer en las siguientes preguntas, pues ponen al descubierto las contradicciones propias del sistema: ¿Por qué una sociedad tan exitosa como la nuestra es capaz de enfermar al 50% de su población con padecimientos crónicos como las enfermedades cardíacas, la presión arterial o el cáncer? ¿Cómo explica que la mitad de sus adolescentes hayan sido diagnosticados con problemas mentales o que medio millón reciban medicación antipsicótica? Y, por otro lado, ¿qué significan estas cifras en una sociedad tan exitosa como la nuestra? Para Gabor Maté el problema reside en que esta *cultura tóxica* que privilegia la perspectiva del empresario: “yo gano”, “yo controlo”, “yo importo”, disfraza nuestra vulnerabilidad con mecanismos de compensación.

Es decir, los individuos deben apelar a diversas estrategias para ajustarse al malestar y la angustia que el entorno ejerce sobre ellos. ¿Cómo hace un niño para adaptarse a la influencia del estrés? Disociándose, arrojando su mente a otras periferias para evitar el sufrimiento. La enfermedad, desde lo que podría ser una lectura biopsicosocial, no sólo no sería únicamente genética o un problema individual, sino la consecuencia de la presión que ejerce un entorno con expectativas muy elevadas. Desde esta perspectiva, si hay algo que identifique a la sociedad contemporánea, asegura Gabor Maté, “es la venta billonaria del «samsara». «Samsara» significa «el ciclo del sufrimiento» y sus vacías distracciones”.¹⁹

¹⁸ Bob Black, *La abolición del trabajo*, p. 30.

¹⁹ Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=aupL1LbU-bM>. (Consultado el 13 de octubre de 2023).

Por su parte, y abonando a la idea anterior, Byung Chul Han constriñe que el trabajo es generador de los malestares en los que la actual sociedad se refleja: el estrés, el *burnout*, la depresión. Por esto dice que el ser humano contemporáneo, un sujeto aprisionado en el rendimiento que no precisa de un capataz que le exija cumplir sus obligaciones, pues él mismo se ha convertido en su propio celador, es un individuo cansado y absolutizado por la vida activa, al que le parece necesario tener que doparse para soportar el movimiento incesante en el que se ve inmerso. Razón por la cual asevera que “El exceso del aumento de rendimiento provoca el infarto del alma”.²⁰

En pocas palabras, la malvivencia que el trabajo ha creado como punto de llegada es tal que parece cotejar aquel enunciado tan acertado en el que Roul Vanengeim aseguraba que “[el trabajo productivo] se dio por misión debilitar biológicamente al mayor número de hombres, castrarlos colectivamente y embrutecerlos con el fin de volverlos receptivos a las ideologías menos fecundas, menos viriles, más seniles que existieron jamás en la historia de la mentira”.²¹

Pero como afirmaría Albert Cossery, “La locura colectiva de los hombres ya no le asombraba. Conocía muchas de sus manifestaciones. [...] Todos estaban locos. En ningún lugar de la tierra existía salvación”.²² Pues es sorprendente, a pesar de lo ya dicho, que “En un modelo donde es mercantilizable todo el tiempo de nuestra vida, se ha convertido en un deseo mayoritario ocupar un alto cargo donde, a cambio de estatus, prestigio y elevadas compensaciones económicas se acepte tener total disponibilidad horaria”.²³

Como si desconociéramos que, en realidad, lo que se perpetúa es un régimen que subsiste a pesar de los tiempos, en el cual no somos más que el lubricante de un miembro que eyacula sobre nuestras existencias. Un *hijo-de-puta*, como prefirió llamarle el poeta portugués Alberto Pimenta²⁴, que nos obliga a ser veloces, pues

²⁰ Byung Chul Han, *La sociedad del cansancio*, p. 72.

²¹ Osvaldo Baigorria (comp.), *Con el sudor de tu frente*, p. 70-71.

²² HV, p. 93.

²³ Juan José Castillo, *Qué hacemos con el trabajo*, p. 18.

bien sabe que tal es el ritmo de su crecimiento y ganancia. Y que, además, se vale de la tecnología para poder borrar las pasadas fronteras horarias que, por lo menos, dejaban a la libre elección del empleado los últimos momentos del día para recrearse en lo que le pareciera más conveniente. Y que también recrea una serie de técnicas, como la autoayuda, la resiliencia, la positividad, a fin de que sus perros pavlovianos aguanten lo inaguantable.

En consecuencia, Albert Cossery nos advierte contra esta dominación que modifica sus formas según convenga a sus intereses. Y ratifica, frente al consumismo una vida frugal y mendaz; ante la vorágine de la velocidad la pasividad del reposo; y ante la opulencia a la que incita el marco ético predominante la pobreza, más allá de su referente económico. “La fuerza de los pobres está en sus harapos y en sus caras de suplicados. No se les puede quitar ese poder; sigue siendo el único salvaguarda de su trágico destino. Con ella se defienden del mundo criminal de los poderosos y con ella asimismo conseguirán impresionar a este mundo, arruinarlo en su seguridad y bienestar”.²⁵

1.2 Contra la ambición

Hay que tener un alma ruin para desear la fama en un mundo tan enfermo. Demostrar talento y ser famoso ¿para quién? ¿Puedes decírmelo?

Albert Cossery, “Una conspiración de saltimbanquis”.

La fuente de donde mana la mayor parte del infortunio humano es la ambición. Tal es la premisa presente en la filosofía cosseriana.

²⁵ HD, p. 97.

Demasiados egoísmos, estulticias, brutalidades, ambiciones fracasadas y agriadas lo separaban de sus contemporáneos. ¡La ambición! Todos estaban atenazados por la ambición. ¡Llegar! ¿Llegar a qué? Y cuando por fin habían llegado -a la cumbre de la gloria o del dinero- eso los volvería groseros, bestias sanguinarias, monstruos repugnantes de arrogancia, incapaces de experimentar la ínfima parte de un sentimiento humano.²⁶

Cossery arguye que nuestros delirios terminan por aprisionarnos, proyectando esperanzas sobre lo ilusorio. Y que una vez que nos percatamos de lo fútil de las ensoñaciones de las que somos presas el dolor termina por invadirnos. “Aquel hombre humillado por el destino le daba lástima. Por haber concebido un futuro portentoso por ambición en lugar de entregarse al éxtasis de vivir cada día, no le quedaba más que llorar sobre un pasado despojado de todas las maravillas que la magnificencia del universo prodiga hasta a los más humildes”.²⁷

La avaricia por el poder, la vanagloria, el honor, el dinero, convierte a los individuos en villanos y canallas, a los que únicamente interesa el ver satisfechas sus pretensiones. Así, el pensador caiota denuncia la maldición que convirtió la tierra de los faraones en escenarios paradisíacos del Capital, condenando a la mayoría de los habitantes en meros sobrevivientes miserables, embelesados por la fiebre y sed de dinero. “Todos los desiertos de los alrededores están contaminados por el petróleo y los mercaderes del mundo entero. Los orgullosos nómadas de antes lucen ahora el uniforme de la infamia y trabajan todos en la industria petrolífera”.²⁸ Pues, como deja entrever el escrito de Gema Fernández Rodríguez:

El petróleo, descubierto en Nigeria en 1956, se convierte en una fuente de enriquecimiento para las élites del país -cuyos intereses se entrelazan con los de las multinacionales extranjeras- y en una maldición para la mayor parte de la población, que vive por debajo del umbral de la pobreza y se juega la vida agujereando los oleoductos para obtener un poco de combustible con el

²⁶ VB, p. 80.

²⁷ AD, p. 199.

²⁸ AD, p. 158.

que calentarse y cocinar. En el Delta, la esperanza de vida ronda los cuarenta años de edad.²⁹

Dicho sin tapujos, valiéndose de su lógica mercantil y su rapaz jerga lingüística, el capitalismo, asidero de las bestialidades más despiadadas y ejemplo de la avaricia desmedida de la que los individuos son capaces, cae como una gangrena por todos los rincones del globo terráqueo. A través de la instauración del engaño y el usufructo extiende su estepa a los confines más remotos, travestido de bienhechor de la humanidad. “Bajo esa fórmula de hechicero, los antiguos colonialistas se afanaban en perpetuar sus rapiñas e introducir su psicosis de consumo entre los pueblos sanos que no tenían necesidad alguna de poseer un automóvil para dar fe de su presencia en la tierra”.³⁰

Por lo tanto, el sediento de poder es capaz de descarnar a la más difícil de las presas. ¿Qué es sino el comercio, éste que conocemos ahora, más que un redil de trampantojos que asedia incluso a los demasiado ingenuos? El mercado actual es un claro ejemplo de los alcances, no delimitados, del ambicioso: “Un hombre capaz de aniquilar a cincuenta personas defraudando en materiales de construcción sólo para acumular más dinero, ¿no te parece alguien digno de ser tratado?”.³¹ Sólo se así se justifica que un comerciante sea experto en teñir con algarabía cada uno de sus productos aún a sabiendas de que no vende sino inservibles bártulos. “Ahí está el misterio del comercio. No se ve nada; todo sucede entre bastidores. Tengo la sensación de vender viento”.³² Así, pues “En la actualidad ya sucede que para vender en la competencia económica es necesario ser capaz de reducir al mínimo lo humano que hay en nosotros y potenciar nuestros automatismos agresivos, competitivos y despiadados”.³³

²⁹ Gema Fernández Rodríguez, *Qué hacemos para conectar la crítica a la movilidad en el capitalismo con la lucha contra las políticas migratorias y las fronteras*, p. 18.

³⁰ *AD*, p. 13.

³¹ *CI*, p. 117.

³² *VB*, p. 39.

³³ Bifo Berardi, *La fábrica de la infelicidad*, p. 180.

Para el escritor cairota, el darwinismo social en el que estamos inmersos no hace sino proliferar esta incurable megalomanía. Incluso, se atreve a firmar que el ambiente escolar favorece la reproducción de expectativas desmesuradas. El hambre de diplomas, el afán de sobresalir, el anhelo por el reconocimiento inculca, desde la infancia, valores como la ignominia, la astucia y la bajeza. “Estos niños se convertirán más tarde en hombres. Seguirán la manada de lobos, abandonarían el amor intransigente de la pureza para perderse en la muchedumbre anónima de los asesinos”.³⁴ Por lo tanto, “Ambicionar los diplomas de una sociedad tan podrida como ésta expresa claramente que se posee un alma vil”.³⁵

Por otro lado, Cossery recurre a la figura del revolucionario quien, presuponiendo que el pueblo apetece liberarse del verdugo amaña sublevaciones, con un ideal supuestamente común, a fin de darles libertad a los oprimidos. En realidad, este reformador también es víctima de su desenfrenada incontinencia. “Déjame decirte que nadie da su vida por una causa, sea justa o injusta; sólo obedece a una pulsión interior más fuerte que el apego a la vida. El día en que yo baje a la calle metralleta en mano no será ni por amor al pueblo, ni a la justicia ni a nadie, sino porque en un momento dado se habrá apoderado de mí una necesidad visceral de abatir a los siniestros hijos de puta que gobiernan este mundo”.³⁶

Esos amantes de los derechos sociales pasaban a ser ante los ojos del autor que nos ocupa vicarios aguijoneados por sus propias manías. Ataviados con sus buenas intenciones, en realidad su apetencia libertaria era únicamente la proyección de sus viles avideces. “Pretender que uno se sacrifica por la felicidad del pueblo es el pretexto de toda ambición política. Pero a ti el pueblo no te ha pedido nada. Sólo quiere vivir en paz”.³⁷ Ya que,

[...] esos paladines de la equidad generalmente son individuos educados, con títulos universitarios, que aprendieron en los libros que el mundo es injusto y que la misión del hombre consiste en hacer de este pedazo de tierra

³⁴ VB, p. 80.

³⁵ CS, p. 199.

³⁶ AD, p. 175.

³⁷ AD, p. 62.

que habitamos, un lugar mejor. Por eso no soportan que la gentuza se interponga en sus planes y cometidos. No pueden permitir que la gente ignorante, justamente por ignorante, ya que no piensa como ellos, se oponga a que la conduzcan por el “buen camino”.³⁸

A partir de lo anterior, queda claro que no se puede naufragar en este mundo sin ser un canalla porque vivimos en una sociedad que sobreestima la prevalencia de nuestros fanatismos. Por ello, Cossery arremete contra las vacuas ensoñaciones que nutren los desvaríos humanos. Sus coetáneos no dejan de parecerle estúpidos títeres risibles cobijados por ruines ilusiones que sólo merecen sus carcajadas.

Para finalizar el apartado quisiera agregar que, pese a lo ya expuesto, no es mi intención insinuar que los postulados de Albert Cossery respecto de la ambición sean inauditos y hacerle parecer como el sacerdote que profesa una nueva fe. Más bien, por el contrario, es heredero de una línea expositiva que se remonta a la antigüedad. En efecto, ya Homero suponía que las desdichas humanas manaban del sortilegio que las fantasías elucubraban en los individuos. Para ello, basta recordar el terrible desenlace de que fueron objeto los amigos de Odiseo tras el encantamiento de los hechizos de la diosa Circe, quien mostrándoles todo aquello gratificante a sus apetencias, los redujo a simples bestias porcinas.³⁹

Siglos más tarde, el emperador Marco Aurelio prolongará este pensamiento. A través de una máxima condensada en sus *Meditaciones* permite entrever la torpeza de quien se deja henchir por las fantasmagorías que sobrepasan los límites.

Más ¿te atormentará por ventura la pequeña ambición? Echa los ojos al olvido en que caen rápidamente todas las cosas y al abismo de la eternidad, por una y otra parte infinito; a la vanidad del aplauso ruidoso; a la versatilidad y arbitrariedad de los que al parecer nos favorecen con su aplauso; a los límites exigüos en que se circunscribe la fama. Toda la tierra es como un punto, y ¿qué rinconcito de éste es habitado? Y allí, ¡cuántos hombres y qué suerte de hombres te ensalzarán!⁴⁰

³⁸ Luis Alberto Blanco, *Autómatas espermáticos*, p. 50-51. Énfasis del texto.

³⁹ Homero, *Odisea*, Libro X, pp. 230-245.

⁴⁰ Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IV, p. 36.

Vale decir, es propio del embrutecimiento el anhelar la fama, el poder, la gloria, para quien su vida se reduce a la espasmódica duración de un instante. La clarividencia cosseriana, respecto de este último punto, lleva al escritor egipcio a insistir sin muestras de empacho, a través del camuflaje con sus personajes, “todo lo que no fuese encaminar el espíritu hacia la grandeza y la adquisición del poder temporal se reducía sandeces indignas de una conciencia humana”.⁴¹ Pues, ¿no es acaso baladí confiar el recuerdo de uno mismo al gusanero cadavérico al que las deleznable almas humanas quedarán reducidas? Desafortunadamente, las ilusiones son como el musgo que crece sobre los troncos descompuestos: bástele un poco de humedad para comenzar a ensancharse.

1.2 Consideraciones éticas de un parásito lúcido

¡Oh, Pereza, apiádate de nuestra larga miseria! ¡Oh, pereza, madre de las artes y de las nobles virtudes, sé el bálsamo de las angustias humanas!

Paul Lafargue, “El derecho a la pereza”.

Cossery fue llamado el príncipe de la pereza.⁴² Y este adjetivo no es difícil adjudicárselo tras merodear sus letras. En éstas encontramos continuas alusiones a los haraganes, a los desocupados, a los pasivos. Desde la propia biografía del autor, incluso, el calificativo no parece fuera de lugar, ya que, por la escasa pero sustancial información con la que se cuenta, se sabe que nunca cedió a tener que checar la hora de entrada y salida en empleo alguno.

⁴¹ AD, p. 61.

⁴² Véase https://elpais.com/diario/2008/06/26/necrologicas/1214431201_850215.html. Consultado el 20 de junio de 2023.

Su radical crítica a los baluartes de la civilización, en especial la idea del trabajo, le hacen simpatizar con una forma de vida exenta del requerimiento mercantil y utilitarista que promueve el capital.

–Es muy sencillo -añadió Medhat-. Desde siempre, el espíritu industrioso del hombre le impide soñar con un ideal que no sea material y en concordancia con sus necesidades y su seguridad. Ganarse la vida es lo único que le preocupa y lo único que le enseñan desde niño. Sólo se trata de ser más astuto y más canalla que los demás. Durante toda su existencia pone su talento al servicio de conseguir alimentos y, una vez saciado, a ponerse el mismo al servicio de una sórdida ambición. Así pues, ¿cuándo puede tener solaz para elevar su espíritu? La menor reflexión en este sentido le es reprochada como un delito, sancionada al punto con el hambre y la reprobación pública. Además me atrevo a afirmar que sólo los hombres que han disfrutado del ocio pueden acceder a una forma de pensamiento realmente civilizado.⁴³

Así pues, la filosofía cosseriana se circunscribe al margen de las éticas capitalistas, herederas de aquellas narrativas que ensalzan la acción por encima de la inactividad humana,⁴⁴ que obligan a los individuos a ocuparse en asuntos que se les antojan propios, pero que constituyen el grillete que los mantiene atados al mismo redil.⁴⁵ Su postura puede leerse como el paliativo que coadyuva a enfrentarse a una sociedad que insiste en promover y obligar a miríadas de individuos a tener que producir y abastecerse de productos inservibles que trastocan la vida humana en miserable e indigna.

⁴³ CS, p. 124.

⁴⁴ Al respecto cabe señalar la manera en la que el cristianismo concibió la pereza, ajustándola a uno de los pecados capitales, promoviendo en los feligreses el remordimiento por quebrantar dicha regla. Y, a su vez, como refiere Paul Lafarge en su texto *El derecho a la pereza*, el anzuelo que forjó la burguesía, trastocando la holgazanería del aristócrata en la moral del trabajo que trajo consigo la época industrial. Véase Paul Lafarge

⁴⁵ Esta también es una de las tesis que sostiene Raoul Vaneigem en el artículo titulado *Contra la productividad*. La forma actual en la que concebimos el trabajo como productividad está lejos de insinuarse como un medio liberador. Antes bien, constituye una forma renovada de coacción masiva. “La dictadura del trabajo productivo tomó oportunamente el relevo. Y se dio por misión debilitar biológicamente al mayor número de hombres, castrarlo colectivamente y embrutecerlos con el fin de volverlos receptivos a la ideologías menos fecundas, menos viriles, más seniles que existieron jamás en la historia de la mentira”. Véase Osvaldo Baigorria (comp.), *op. cit.*, p. 70-71.

La penetración del ideal reaccionario a través de la superabundancia de objetos manufacturados es una forma de colonialismo peor que conquistar un país por las armas. De hecho, la gran potencia imperialista no tiene más cultura que su comercio. Es así como logra embrutecer a los pueblos más evolucionados. No olvides que los hombres son como niños que se maravillan ante la abundancia de juguetes expuestos en una vitrina.⁴⁶

Por lo demás, “¿quién no ha pensado -apuntó José Luis Galar- alguna vez en hacerse mendigo -aunque solamente haya sido durante el tiempo que dura el destello de un *flash*- para evitar formar parte del absurdo mundo con su maquinaria que obliga a trabajar sin parar para acumular objetos inútiles, pagar facturas de cosas absurdas, a cambio de la pérdida total de libertad y control sobre el tiempo de uno mismo?”⁴⁷

Al rostro embotado del trabajador contemporáneo que enjundioso enciende su ordenador para repetir las tareas cotidianas que se le demandan, acompañado de tazas incontables de café y de sonidos incesantes provocados por el desquiciante teléfono móvil que no deja de reproducir su mensajería basura, reiterando a cada instante el fracaso que lo envuelve, convendría recordarle estas palabras: “Náufrago entre millones de esclavos, ¿por qué dichosa casualidad había asumido un destino diferente al de la gente común? Le parecía que habría bastado una nada para que cayera en la trampa mortal que les tiende a los hombres desde el principio de los tiempos esa raza sanguinaria que detenta el poder por medio del engaño”.⁴⁸

Al anciano que se deprime por la zozobra que le acarrea la inutilidad de los últimos años de su existencia, pensando que la identidad se le ha desfigurado, después de haberla pasado extraviado en las manecillas del reloj que portaba en la muñeca, Cossery le dedica los siguientes renglones:

Hillali había aceptado la mentira, había trabajado para ella y construido su carrera sobre una estructura y una moral mendaces. Ahora se hallaba

⁴⁶ AD, pp. 100-101.

⁴⁷ José Luis Galar, *Tras Albert Cossery*, p. 90.

⁴⁸ CS, p. 148.

atrapado por la vejez e inventaba otra forma de impostura para prolongar su poder tambaleante. Para él y sus iguales, el momento de la jubilación coincidía con el terrible fracaso de sueños de tramposos profesionales. Así mueren los perros abandonados por sus amos, tras haber buscado inútilmente un hueso para roer en los basureros extraños.

Ahora bien, considero que el elogio que hace de la pereza el pensador en turno dista en demasía del chocarrero discurso, por lo demás maleado, que se perora desde las instancias oficiales. Desde mediados de la década de los 40 del siglo pasado, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en el artículo 24, abogaba por el derecho al tiempo libre y a vacaciones periódicamente pagadas.⁴⁹ Y es cierto, los individuos no están faltos de tiempo libre y del receso reglamentado que acompaña su agobiante plazo laboral.

Empero, ya lo han dicho otros tantos, el capital es como una tormenta que pulveriza cualquier partícula que toca. Este descanso obligatorio que ha creado (la tradicional organización del ocio)⁵⁰ no es más que la otra cara del culto a la eficacia. Porque “el Ocio, en teoría tiempo de descanso, de expansión se convierte en un nuevo trabajo. Es una rueda perversa en la que se vende tiempo para comprar tiempo”.⁵¹ Es decir, socavones temporales que obligan a los sujetos a consumir entretenimiento. “El ocio es hoy una pena porque es ya parte de la vida activa; porque la gente anda y corre y viaja para saturarlo”.⁵² Una pereza convertida en negocio, cuyo éxito radica en la venta variopinta de placeres atenazados con el sujetador de lo mismo, haciéndole creer al consumidor en su libertad cuando en realidad no hace más que una simple elección, más menos programada. “De este modo la industria del ocio, en realidad, industria del entretenimiento, ha sido

⁴⁹ Véase en https://hchr.org.mx/wp/wp-content/themes/hchr/images/30acerca30/Art%C3%ADculo_24.pdf. Consultado el 22 de junio de 2023.

⁵⁰ Con referencia a ello, puede revisarse el texto de Pablo Rieznik, *La pereza y la celebración de lo humano y otros escritos*, en el que el autor rastrea históricamente el significado del término pereza, arguyendo la transformación semántica que éste va sufriendo con el paso del tiempo. De ser parte inherente de la esencia misma de lo humano en la antigua Grecia, el ocio pasa a formar parte del metabolismo social tras culminar la Edad Media para, posteriormente, encontrar su lugar como una realidad del mercado mundial.

⁵¹ Agustín García Calvo, *Contra el Hombre*, p. 22.

⁵² Rafael Lemus, *Contra la vida activa*, p. 32.

diseñada para reproducir las reglas del trabajo dentro del llamado «tiempo libre», un tiempo que para producir dividendos ha de mantenerse siempre activo”.⁵³

Por consiguiente, dada esta alquimia que todo lo fagocita y lo devuelve vendible y comprable es que “en nuestro mundo la ociosidad se ha convertido en desocupación, lo cual es muy distinto: el desocupado está frustrado, se aburre, busca constantemente el movimiento que le falta”.⁵⁴ Es decir, “La organización del trabajo y la organización del ocio son los brazos de las tijeras castradoras encargadas de mejorar la raza de perros sumisos”.⁵⁵

En este sentido, se comprendería cómo el parásito fulgura como remiendo esencial en el movimiento del capital. Tal es el planteamiento propuesto por Fernando Savater cuando afirma que: “Toda maquinaria necesita piezas fijas para funcionar, pero éstas obran no menos que las móviles: en los engranajes del universo no hay forma de abstenerse de participar”.⁵⁶ No es casual, por poner un ejemplo, que de entre los consejos que suministra la sociedad contemporánea ofrezca el de haraganear, con la exigencia de tener que hacerlo en la ciudad de la web (ahí donde se concentran gran cantidad de objetos vendibles listos para ser comprados), entre las calles del ciberespacio, sentados en las banquetas digitales de la red y emborrachándose en las esquinas cibernéticas con tragos excesivos de información.

Por lo demás, el mismo Cossery afirmaba: “¡Un idiota perezoso sigue siendo un idiota! Y un perezoso inteligente es alguien que ha reflexionado sobre el mundo en el que vive. Así no se trata de pereza. Es el tiempo de la reflexión. Y cuanto más ocioso esté uno, más tiempo tiene de reflexionar”.⁵⁷ Con lo cual pretendía enarbolar una propuesta que nos eximiera de tener que colaborar en este hervidero de idiocia generalizada.

⁵³ Vivian Abenshushan, *Escritos para desocupados*, p. 119.

⁵⁴ Milan Kundera, *La Lentitud*, p. 5.

⁵⁵ Osvaldo Baigorria (comp.), *op. cit.*, p. 72.

⁵⁶ Fernando Savater, *Todo mi Cioran*, Excursus, s/p.

⁵⁷ Michel Mitrani, *Op.cit.*, p. 58.

Vivir, para mí, significará combatir. Combatir desde ahora y siempre contra los poderes bárbaros que hacen que los niños caminen descalzos por el arroyo; que los hombres de este pueblo mendiguen por las calles o acepten un trabajo de esclavos que ni siquiera les garantiza el pan de cada día. Malditos sean los sueños imbéciles que llenaron mi vida de fantasmas.⁵⁸

Absuelta de la fe en el progreso, la pereza de la que habla Albert Cossery está más emparentada, como lo sugirió José Luis Galar, a la mística de la inactividad de los antiguos cristianos y -por qué no decirlo- a las enseñanzas budistas que se nutrieron del desapego como condición indispensable para la tranquilidad espiritual. Después de todo, no debemos obviar el origen oriental del escritor egipcio.

Si no es la turbulencia, que deja tras de sí el imperativo de la velocidad al que nos sometemos y que nos mantiene acogotados en un sinfín de actividades por hacer, la que nos ofrece una vida digna, entonces ¿no sería preciso avizorar una vía alterna que más que incitarnos a la acción, nos prevenga de lo que es preciso evitar: de actuar lo menos posible, intervenir en el curso de las cosas más como espectador que como jugador?

–Yo nunca he negado la existencia de los cerdos, hijo mío.
–Pero los aceptas. No haces nada para combatirlos.
–Mi silencio no es una aceptación. Yo los combato más eficazmente que tú.
–¿De qué manera?
–Con la no cooperación –dijo Gohar–. Me niego simplemente a cooperar en esa inmensa farsa.⁵⁹

Siguiendo la misma línea reflexiva, el Tao Te King muestra, como una de las máximas virtudes del sabio, es lograr expoliarse de la intromisión en lo que acaece.

⁵⁸ *HD*, p. 136.

⁵⁹ *MO*, p. 167.

El auténtico dominio se consigue con la inacción, tal y como viene afirmándose respecto de la pereza.

Quien estudia, sabe cada vez más.
Quien conoce el Tao, es menguar día a día.
Menguar y menguar,
Hasta llegar a no actuar.
Cuando él no hace nada, nada queda por hacer.
El imperio sólo se puede obtener,
En la no-acción.
Pues el que actúa demasiado,
No consigue regir el mundo.⁶⁰

Por lo tanto, el sentido que germina en la expresión *ética de la pereza* tiene que ver con un combate, no militarizado, de la inactividad. Una urgencia, además, que se demanda cada día con más ahínco a la sociedad de la aceleración. A pesar de las contradicciones que en el fondo guardan, el movimiento *slow*, *el Sloth Club*, *The Long Now*, surgidos a finales del siglo XX, se plantean como herramientas que intentan ralentizar el ritmo de nuestras existencias.⁶¹ Como sostiene el teólogo portugués José Tolentino Mendonça: “Una posible alternativa sería rescatar nuestra relación con el tiempo. Poco a poco, paso a paso. Esto no es posible sin una relajación interior. Justamente porque es enorme la presión para decidir, precisamos de una lentitud que nos proteja de las precipitaciones mecánicas, de los gestos ciegamente compulsivos, de las palabras repetidas y banales”.⁶²

Empero, si pudiera asemejar la ética de la pereza, extraída de la lectura de los textos de Cossery, con los preceptos de alguna filosofía práctica, lo haría con el pensamiento helenista. Se cuenta de Diógenes el cínico⁶³ que solía elogiar a los

⁶⁰ Lao-Tsé, *Tao Te King*, XLVIII, p. 88.

⁶¹ Respecto a las contradicciones y puntos endebles de dichas prácticas conviene revisar el texto de Luciano Concheiro, *Contra el tiempo*, ya mencionado anteriormente, en particular el capítulo 5 en el que se afirma, tras un lúcido análisis, que “la lentitud misma termina por ofrecerse como un producto más, tarde o temprano se vuelve una mercancía y es incorporada a la dinámica acelerada del capital”.

⁶² José Tolentino, *Teología de la lentitud*, p. 9.

⁶³ No es la primera vez que se matiza una proximidad entre el filósofo apodado el perro y Cossery. En el artículo titulado *La simplicidad de una vida cruda o absurda*, David Gras, refiriéndose al escritor caiota, lo moteja, incluso, con el apelativo “Diógenes egipcio”, presuponiendo la afinidad intelectual entre ambos personajes. Al

que, convencidos de casarse, se arrepentían en el último momento; a los que iban a hacerse a la mar y no zarpaban; a los que intentaban comenzar una carrera política y no lo hacían; a los que criarían a sus hijos y desistían; a los que intentaban fungir de consejeros de poderosos y no se acercaban a ellos.⁶⁴ Con lo cual pretende evidenciar la efectividad del inerte como medio para derrocar las principales estructuras sociales que sostienen el orden establecido.

La no contribución, la resistencia, la suspensión de la acción, para pulverizar los pilares sacrosantos y totalizadores que someten la existencia a imperativos utilitarios, confundiendo el ser con el tener, dejando abierta, por el contrario, la brecha a formas invariables de vivir. Pues, ¿qué sería del Capital, de la Moral, la Familia, en fin, de cualesquiera empresas que permiten el curso de esta podrida sociedad, si un día dejáramos de formar parte de las filas de los supermercados, de los registros civiles, de los checadores de entrada y salida y optáramos, como los personajes cosserianos, por el sueño como refugio, clavados en la incipiente quietud? Difícilmente, régimen alguno se sostendría.

Por ello puede afirmarse que la filosofía práctica cosseriana es una pugna pacifista, y entiéndase el término en su sentido más simple, que, paradójicamente mueve desde la inmovilidad (semejante al motor inmóvil aristotélico). Muy próxima a aquel cansancio fundamental del que habló Peter Handke: “¡Pero si el cansancio es ya de por sí la mejor acción! No es necesario que con él se pueda dar comienzo a nada, porque de por sí él es ya un comenzar y un dar -«dar comienzo», se dice en un lenguaje culto-. Su dar comienzo es una enseñanza. El cansancio enseña, es utilizable”.⁶⁵

Como se ha mencionado anteriormente, se arguye que su combate es antibelicista, no busca la confrontación, sino el replegarse en el fluir de lo que acontece. “Unos pescadores recogían en un silencio sagrado sus redes,

respecto, véase [chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.pepitas.net/sites/default/files/11-2011-%C2%ABLa%20simplicidad%20de%20una%20vida%20cruda%20o%20absurda%20BB%20\(David%20Gras,%E2%80%98Peri%C3%B3dico%20Mediterr%C3%A1neo%E2%80%99,%20noviembre%202011\).pdf](https://www.pepitas.net/sites/default/files/11-2011-%C2%ABLa%20simplicidad%20de%20una%20vida%20cruda%20o%20absurda%20BB%20(David%20Gras,%E2%80%98Peri%C3%B3dico%20Mediterr%C3%A1neo%E2%80%99,%20noviembre%202011).pdf)

⁶⁴ Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres*, Libro VI, p. 292.

⁶⁵ Peter Handke, *Ensayo sobre el cansancio*, p. 33.

desplegadas en la playa, simbolizando mediante la sobriedad de sus gestos el predominio de la paz sobre las vanas acciones de los hombres”.⁶⁶ Por tanto, la ética de la pereza no tiene ninguna intención de acalabrarse en programas revolucionarios pretensivos, comprometidos con promesas futuristas, amasando la esperanza de poder algún día cambiar el mundo, pues consciente está de la ineficacia de este proceder. Por el contrario, el perezoso, desde esta óptica, firma el tratado de paz con las contingencias que le depara el devenir. “Se toma todo lo que le sucede como si fuera un favor de la providencia; nada en la vida le asombra”.⁶⁷

Tocante a este último punto, me parece pertinaz mencionar la sorprendente cercanía subyacente entre el pensamiento cosseriano y el estoicismo. En efecto, Epicteto aseguraba que la desdicha humana procedía de la confusión existente entre las cosas que dependen de nosotros y aquellas en las que no tenemos injerencia. Así pues, la clave para vivir una vida feliz y en libertad es no olvidar la importancia de “no desear nada, no rehusar nada de cuanto dependa del Destino y no de nosotros mismos, sino conceder nuestro asentimiento a cuanto sucede y es querido por el destino”.⁶⁸ El filósofo, en consecuencia, es aquel que acepta con serenidad, todo cuanto le ocurra sin intentar contravenir el orden cósmico. “Shaat acogía siempre con el mismo fervor todos los sucesos que el azar ponía en su camino. Para él no había situaciones buenas o malas. Todas ellas merecían ser vividas con deleite, ya que cada una de ellas contenía una parcela de humor que salvaba al hombre de la degeneración y la muerte”.⁶⁹

A la luz de lo expuesto, la ética del inactivo, confabulada con una visión trágica y fatalista del mundo, se posicionaría en disonancia con esas morales rentistas que hacen del sacrificio y el esfuerzo el catecismo de su nuevo dogma meritocrático. La modestia de su proceder recordaría lo absurdo que es considerar el factor personal como agente acaparador de las desdichas y éxitos que

⁶⁶ AD, p. 12.

⁶⁷ AD, p. 128.

⁶⁸ Epicteto; Pierre Hadot, *Manual para la vida feliz*, p. 132.

⁶⁹ AD, p. 76.

sobrevienen al individuo, y privaría de tener que tragarse el credo neoliberal según el cual somos culpables de todo lo que nos sucede. Por el contrario, asumiría que:

No somos más que un fragmento de este mundo: para qué queremos saber y elucubrar tanto. ¿Cree usted que a los olivos les hace reflexionar el hecho de que las amapolas sean rojas, o el que las nubes se iluminen al atardecer? Las rocas tampoco tienen la menor idea de lo que es la meteorología. Todas esas cosas viven en una profundidad en la que no hay secreto alguno, porque todas viven las unas con las otras; sólo nosotros nos hemos querido salir del mundo; hemos roto todos los puentes y todos los lazos. El auténtico superhombre sería aquel que se olvidara de que es un hombre.⁷⁰

Para finalizar, el símil literario de lo planteado por Cossery, lo encontramos, sin duda, en el relato escrito por Herman Melville, *Bartleby, el escribiente*, cuyo personaje principal cesa, paulatinamente, de interceder en las actividades que la cotidianidad le reclama, vociferando de continuo el estribillo “preferiría no hacerlo”, hasta morir de inanición. No se sabe, empero, que situación semejante haya ocasionado la muerte del escritor egipcio. Sin embargo, su clarividencia lo llevó a considerar la banalidad de cualquier esfuerzo y el anhelo de lograr la tan añorada esterilidad.

1.4 Forjarse una existencia en el tedio

Pobre gente: como si el espíritu no se forjara en lo más hondo del aburrimiento.

Rafael Lemus, “Contra la vida activa”.

Te invito a sentarte conmigo y ver como el mar no cambia de lugar ni tiene prisa para hacer desaparecer la arena.

⁷⁰ Sissi, *Constantin Christomanos*, p. 129.

Ricardo Cabaca, "Albert Cossery o una palabra para que el día llegue a su fin".

De lo expuesto en el apartado anterior, es posible deducir que la pretensión de Albert Cossery era prolongar una línea ética, ya existente en la antigüedad, que contraponía el aburrimiento y la contemplación a las convenciones sociales que exigen del individuo atenazarse en un frenesí imparable, pero que, al final, lo exime de experimentar la existencia como propia. El mismo Séneca afirmaba que "los ocupados no tienen más que el tiempo presente, que es tan breve que es imposible atraparlo, e incluso éste se les escapa, pues siempre andan distraídos con muchas cosas".⁷¹

Pero más que aburrimiento, como pudiera entenderlo el individuo moderno (ese desplomarse en el sofá sin hacer "nada"), lo que el escritor egipcio realza es el resignificar el tiempo a partir de la desocupación, de abstraerse de la peligrosa velocidad que acecha con deglutirnos entre sus fauces, mientras miramos la manera en la que los minutos y segundos se van machacando. "Si uno experimentara de golpe, y en verdad la realidad, esa experiencia sería suficiente para relajarnos un tiempo y regresarnos a la apretada sabiduría de las cuatro paredes".⁷² Por ello, construyó frases del tipo "Comenzaba a sentir un aburrimiento profundo; lo torturaba un enorme deseo de dormir".⁷³

Cossery enseña que el verdadero aristócrata no es aquel que goza de un prestigio, social y político, que le es otorgado por la muchedumbre, sino aquel que ha comprendido que, detrás del entramado cotidiano en el que los acontecimientos se van sobreponiendo unos a otros, está el aburrimiento, esa evidencia metafísica insoslayable. "Imtissal estaba sofocada, sin fuerzas, se sentía vencida ante aquella inmensa inercia que nada podía romper".⁷⁴ Y es que precisamente este tedio es el

⁷¹ Lucio Anneo Séneca; Samuel Johnson; Friedrich Nietzsche; Bertrand Russel; Theodor W. Adorno; E. M. Cioran, *Contra el trabajo*, p. 15.

⁷² Rafael Lemus, *Op. cit.*, pp. 44-45.

⁷³ HV, p. 133.

⁷⁴ HV, p. 134.

que devuelve a las cosas la posibilidad de ser contempladas, pues “la época de las prisas, su sucesión «cinematográfica» de presentes puntuales, no tiene ningún acceso a lo bello o lo verdadero. Sólo cuando uno se detiene a contemplar, desde el recogimiento estético, las cosas revelan su belleza, su esencia aromática. Se compone de sedimentos temporales que fosforecen”.⁷⁵

Además, el aburrimiento, contrario a ese mal del ímpetu del que hablaba Goncharov, alarga la vida. El bostezo duradero de quien se suscribe al tedio ve avanzar las manecillas del reloj con una lentitud mortal. Para sustraerse de la sensación, hoy tan presente, de la cortedad de la existencia, el escritor egipcio apuesta por un estilo de vida que reanuda nuestra capacidad de contemplar, más que el afán de acumular un sinfín de vivencias sinsentido, con el que gusta engolosinarse la sociedad de la rapidez. “Paseó una mirada maravillada sobre toda aquella belleza titilante bajo el sol, que era como una ofrenda a quien simplemente quisiera vivir, y que la ambición de un hombre había estado a punto de destruir”.⁷⁶

Es decir, devuelve al ser humano moderno hiperestimulado, agitado en la concatenación de vivencias, a la sabiduría de la inercia de la alcoba. Con ello, Cossery denuncia las falsas ventajas a las que conduce el exceso de laboriosidad, característico de la sociedad occidental. Por el contrario, hace suyas reflexiones como las de Bertrand Russell, cuando éste asegura que “Un hombre que ha trabajado largas horas durante toda su vida se aburrirá si queda súbitamente inactivo. Pero si no cuenta con una cantidad considerable de tiempo libre, ese hombre se habrá privado de muchas de las mejores cosas de la vida”.⁷⁷

Asimismo, como lo ha dejado claro Lars Svendsen, haberse privado del tedio es también haber renunciado al dolor que la existencia conlleva. Por tanto, “renunciar al dolor de estar vivo es tanto como deshumanizarse así mismo”.⁷⁸ En este sentido, para Cossery el aburrimiento es una fuerza contumaz para evitar ser

⁷⁵ Byung Chul Han, *El aroma del tiempo*, p. 75.

⁷⁶ *AD*, p. 208.

⁷⁷ Lucio Anneo Séneca; Samuel Johnson; Friedrich Nietzsche; Bertrand Russel; Theodor W. Adorno; E. M. Cioran, *op. cit.*, p. 63

⁷⁸ Lars Svendsen, *Filosofía del tedio*, p. 187.

arropados con las mentiras que fragua la sociedad, una especie de vestidura escéptica que nos aparta de los estribillos dulzones que se van adhiriendo a la existencia, cual esporas al aire. En su carácter paradójico el tedio protege de las mentiras que él mismo crea. “Sutiles lazos, hechos de sopores y de indescriptibles sueños, lo ataban al destino que quería traicionar. Había sido un loco creyendo que era diferente de los suyos, destinado al esfuerzo gigantesco y fastidioso de los hombres. Todo aquello era vanidad pueril”.⁷⁹

Capítulo 2: ¿Intentando la contrabiografía?

2.1 De la negativa a escribir la biografía

Yo no tengo biografía. Yo no he hecho nada en la vida. Yo no he hecho otra cosa que divertirme.

Albert Cossery, “Les Cahiers de Chabramant”.

Después de leer el epígrafe que acompaña las siguientes palabras, cualquier lector, sin necesidad de poseer los más diestros talentos, encontrará fallido el intento de elucubrar una semblanza de Albert Cossery cuando, como se nota, él mismo se resistió a ser parte del rito académico sobreestimado por la filosofía, según el cual un autor vale por lo que vive y escasamente por lo que piensa.

La manía de reducir a un escritor a sus curiosidades biográficas es tópico común en la historia del pensamiento. Sopesar a un autor no por las ideas que

⁷⁹ HV, p. 162.

defiende, sino por el puñado de hazañas que le rodean, parece ser la tendencia actual de los manuales de filosofía. Así, resulta más conveniente denunciar las particularidades de la existencia que ahondar en las reflexiones, producto de largas horas de cavilaciones, del autor.

Por ello, se prefieren las verborragias efusivas como una forma eficaz de menospreciar y desactivar el efecto que el pensador en turno promueva. Al respecto, conviene recordar aquellas palabras tan lúcidas que Jesús Villegas Saldaña le dedicó a la palabra *tópico*: “el tópico (en su primer significado) es el uso tópico (en su segundo significado) del pensamiento, el «yo te doy tu cremita, tú me das tu cremita» de la racionalidad, un barniz superficial sobre la piel de la realidad, incapaz de llegar al fondo, a los órganos vitales de cada asunto para explicarnos cómo funciona el mundo con suficiente riqueza”.⁸⁰ Me parece que esta práctica común de atender únicamente al dato histórico en menoscabo del análisis de las ideas propugnadas es similar a ponerse esa “cremita” en la superficie de la epidermis, descuidando el efecto absorbente en la hipodermis.

La secuela negativa de lo anterior queda al descubierto cuando se atestigua que el descrédito de los autores está sostenido por un desprestigio a raíz de estos pormenores, que han dejado en segundo plano el verdadero objeto de la filosofía que es el de discurrir, disentir, desafiar: términos inherentes, como lo expuso Rafael del Águila, al acto del pensar. Porque “pensar pone en cuestión pactos ya sellados, arreglos institucionales ya cerrados, definiciones básicas ya establecidas, conceptos ordenadores de nuestra convivencia ya acordados o impuestos, una distribución del poder ya resuelta, narraciones ya hegemónicas, historias y justificaciones supuestamente asumidas”.⁸¹

Por tanto, el interés por las historias de vida de las que tanto gustan las enciclopedias y compendios de filosofía, denotan una tendencia a reducir el efecto reflexivo, el cual aspira a poner en entredicho las certezas e ideas más allá de la parálisis y esterilidad y, con ello, atestiguar que el pensamiento es un remolino que,

⁸⁰ Jesús Villegas, *Op. cit.*, p. 167.

⁸¹ Rafael del Águila, *Sócrates furioso. El pensador y la ciudad*, p. 226.

por su fuerza, desenraiza los lugares comunes que atestatan la vida de los seres humanos, ocasionando, con ello, dislocaciones, desorden, fractura. El ejemplo más evidente, a mi parecer, puede encontrarse en el magnánimo espíritu de Hegel quien, después de enlistar una serie de insignificantes sucesos de la escuela cínica, concluye que la historia de las ideas no es un buen lugar para pensadores de ese talante, tan irreverentes. En sus palabras: “La escuela cínica no reviste importancia científica alguna; constituye solamente un momento histórico que tiene que darse necesariamente en la conciencia de lo general”.⁸²

Lo anterior sin obviar, por supuesto, el agudo gusto de una cultura mercantilista que elogia la apropiación de las ideas y el banal ensalzamiento del nombre personal. Así, la mayoría de los autores de mayor crédito e impacto en el mundo de las letras lo son porque contribuyen a la retahíla de imbecilidad que demanda el sistema, engrasado con la idiocia generalizada. Mientras que, por el contrario, a los escritores que se atreven a contravenir lo dicho o bien se les reserva la censura (a través del anonimato) o el descrédito.

No es casual que el *copyright* y el *copy-paste* sean de los crímenes más atroces que se pueden cometer en la esfera intelectual, haciéndonos creer que somos poseedores de una argamasa de ideas que supuestamente se gestaron en cada uno de nosotros, pero que, al mismo tiempo, contribuyen para que el funcionamiento de esta ingeniería siga su marcha. Por su parte, Agustín García Calvo, rechazando las concepciones tradicionales sobre el individuo, analiza cómo éste es más bien, con la adjudicación de ideas propias y gustos personales, una pieza fundamental en la estructura socioeconómica. Por ello, “el individuo, lo que os dije antes: es el verdadero representante del Estado y el Capital”.⁸³

Conviene, entonces, sospechar de la tradición obsesiva del nombre personal y recordar las siguientes palabras, que han sido promovidas por partidarios del llamado *copyleft*:

⁸² Friedrich Hegel, *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, p. 129.

⁸³ Agustín García Calvo, *Contra el Hombre*, p. 71.

Quedan muchas cosas por decir, pero debemos volver a lo básico: partimos del reconocimiento social del saber. Nadie tiene ideas que no hayan sido directa o indirectamente influidas por las relaciones sociales que mantiene en las comunidades de las que forma parte, y si la génesis es social, el uso y disfrute, a su vez, debe permanecer social.⁸⁴

En otras palabras, “ya se han puesto las piedras angulares sobre las que se levantará el edificio de un verdadero derecho de autor, que realmente tenga en cuenta cómo opera la creación -es decir, por ósmosis, mezcla, contagio, plagio”.⁸⁵

Por su parte, Cossery fue partidario de este llamamiento, desde muy temprana edad renunció a seguir las modas intelectuales de su tiempo. En sus primeros ejercicios como poeta, según se cuenta, se sintió tentado por hurtar los poemas del autor de *Las flores del mal*, situación que no le ocasionó el mínimo sonrojo, pero de la que pronto desistió. A pesar de lo cual, en las líneas que componen su obra deja claro que el razonar es más un ejercicio común que una práctica individualizada y personalizada. Así, escribe “¿Qué se creía Al Kordi? ¿Que era el único que sabía que el pobre pueblo estaba dominado por una banda de ladrones desvergonzados? Hasta un niño sabía eso”.⁸⁶

En resumen, las ideas tienen dueño, un propietario que demanda su derecho de autor, mientras que el común razonar pertenece a todo aquel que se deje pensar. Sobre todo, existe un Poder que se sostiene por la apropiación de ciertas ideas y, a través de sus múltiples tentáculos (llámese filosofía, literatura o cualesquiera otra de esas llamadas ramas del saber), asegura la proliferación del estado de estulticia que nos mantiene en la más desnuda de las miserias.

⁸⁴ Richard Stalman (*et. al.*), *Contra el copyright*, s/p.

⁸⁵ *Idem*, p. 30.

⁸⁶ *MO*, p. 168.

2.2 ¿Quién es Albert Cossery?

Ante la pregunta ¿quién es Albert Cossery? no encontramos más que escasos datos sueltos de poca envergadura, razón por la cual, como afirmara Thiago de Oliveira Sales: “A trajetória de Cossery soa, muitas vezes, como a biografia de Diógenes, o cínico: um amontoado de «pequenas anedotas», ou melhor, «pequenos feitos» emblemáticos a compor um personagem excêntrico a circular por Paris”.⁸⁷ Se ha escrito tan poco acerca de él y, en muchas ocasiones, la información es repetitiva. De esta manera, se sabe que nació el 2 de noviembre de 1913 en el Cairo, Egipto; y que su muerte ocurrió 94 años después en París, Francia. Además, que vivió por más de 50 años (de 1946 a 2008) en el Hotel La Louisiane, localizado en la avenida francesa de Saint Germain des Prés, con intermitentes visitas a su país de origen. Fue amigo de grandes celebridades, entre los que figuran Albert Camus, Lawrence Durrell, Henry Miller, Jean Genet, Juliette Gréco, Alberto Giacometti, entre otros. Tal vez la cercanía con algunos de ellos tuvo su origen en la inclinación por el movimiento surrealista, *Art et Liberté*, que Cossery experimentó desde su juventud.

No obstante, desde su punto de vista, y para satisfacer la curiosidad ramplona de los interesados en los sucesos que le acontecieron en vida, bastaba con echar una mirada a sus escritos para percatarse que éstos no eran sino la calca de su propia existencia, por supuesto la existencia que traza el mismo escritor en primera persona, sin intermediarios. En relación con eso, dice que “él y su obra eran la misma cosa”.⁸⁸ Y en varias ocasiones, durante la entrevista que concede a Michel Mitrani, reafirma esta misma idea, asegurando que incluso su familia aparece retratada en algunos de sus escritos. Así, dice en *Los haraganes del valle fértil*, “es mi familia la que describo, aunque seguramente alterada”.⁸⁹ Además, conviene mencionar el interesantísimo trabajo que realizó la fotógrafa francesa Sophie Leys

⁸⁷ “La trayectoria de Cossery suena a menudo a la biografía de Diógenes, el cínico: un montón de «pequeñas anécdotas», o mejor, «pequeñas hazañas» emblemáticas que componen un personaje excéntrico que viaja por París”. [Traducción realizada en traductor google] En Thiago de Oliveira Sales, *Sobre o divagar filosófico de Albert Cossery*, p. 70.

⁸⁸ José Luis Galar, *op. cit.*, p. 66.

⁸⁹ Michel Mitrani, *op. cit.*, p. 133.

(al parecer la última mujer que mantuvo una estrecha relación con el pensador), quien, a través de una especie de simbiosis entre el retrato y la palabra escrita, reconstruye de manera magistral el Egipto de Cossery, lo cual es posible con autores que son al mismo tiempo su obra.⁹⁰

Se sabe por *Les cahiers de Chabramant*, cuadernillos publicados periódicamente dedicados a la cultura egipcia, en el artículo escrito por Irene Fenoglio, quien, al parecer, dedicó un trabajo de tesis a su pensamiento⁹¹, que fue el menor de tres hijos, que su madre era analfabeta y que su padre era terrateniente, lo que le permitía vivir de sus rentas y evitar trabajar, dedicando parte del día en acicalarse, leer el periódico y evitando a toda costa el tener que emplearse en cualquier actividad que le demandase el mínimo esfuerzo. Es más, se dice que cuando Cossery le mostraba las boletas escolares para que las firmara, aquel respondía: “¡No tengo tiempo! ¡Mañana!... ¡Bôkra! ¡bokra!” no tenía nada que hacer, excepto la idea de tomar una pluma, mojarla en tinta... entonces le traje la pluma, me dijo: “¡Esta pluma es mala!”⁹² El tema de la ociosidad, por tanto, será piedra angular a lo largo de su vida intelectual. Incluso, por esta razón, fue adjetivado como “El príncipe de la pereza”.

De igual manera, José Luis Galar menciona en *Tras Albert Cossery*, para satisfacción de los embelesados en las futilidades, que el escritor oriundo de la tierra de la esfinge se sintió tentado por el amor y formalizó una relación en 1950,

⁹⁰ Sophie Leys, *L'Égypte de Cossery*, s/p.

⁹¹ En *Les cahiers de Chabramant*, Fenoglio narra que cuando Albert Cossery se enteró que trabaja sobre una tesis acerca de su pensamiento, éste al percatarse de la ardua labor que Irene llevaba a cabo, le decía: «¿Pero por qué trabajas tanto si no tienes algo mejor que hacer?». Disponible en: <https://sulfur-surrealist-jungle.com/2023/03/13/albert-cossery-collective-file/>. Consultado el 13 de octubre de 2023).

Al parecer, este suceso fue representativo para el pensador egipcio, pues en su libro *Los colores de la infamia*, describe el menosprecio que sentía por una muchacha, de nombre Nahed, que intentaba escribir una tesis sobre la filosofía del desprecio. Escribe Cossery: “El intento de la muchacha de oficializar una filosofía que preconizaba una realidad distinta de la instaurada por los otorgadores de diplomas le parecía una fantasía bastante peligrosa para su futuro”. (Véase *CI*, p. 97) Por supuesto que, su desdén denota la postura que mantiene sobre la enseñanza oficial impartida en escuelas y universidades.

⁹² Irene Fenoglio, *Les cahiers de Chabramant*, Disponible en <https://sulfur-surrealist-jungle.com/2023/03/13/albert-cossery-collective-file/>. Consultado el 26 de julio de 2023.

contrayendo nupcias con una actriz francesa de renombre (Monique Chaumette), eso a pesar de haber tallado frases del tipo:

Cuando pensaba en el destino que le habría tocado en suerte si se hubiera quedado con Imtissal [prostituta a quien Rafik, protagonista de *Los haraganes del valle fértil*, había decepcionado tras el convencimiento del padre del joven por desistir del matrimonio], Rafik sentía un sobresalto de terror. Hoy sería un esclavo entre esclavos. ¡Y debido a una mujer! Pues ella lo habría incitado a trabajar. Lo habría empujado al trabajo con su estupidez de hembra inconsciente.⁹³

Sin embargo, como era de esperarse en un hombre que se ha tomado poco en serio la vida, el encanto no le duró más de un año. Lo cierto es que, “Albert Cossery encarnaba el mito de don Juan: mujeriego empedernido, picaflor endemoniado, huidizo siempre al compromiso seguramente porque le gustaba gozar del momento, extraer el néctar de una relación sin querer ser ungido con el barniz que el tiempo imprime a una pareja”.⁹⁴

Por otro lado, comenzó desde muy temprana edad a leer a los clásicos de la literatura francesa, pero también conoció la fatalidad de los grandes escritores rusos, Dostoievski y Gorki. Su obra, publicada en francés por la casa editorial Joelle Losfeld y traducida al español por Anaya & Mario Muchnik, incluye ocho títulos (respecto a este punto, cabe mencionar que, algunos intelectuales diestros, hipnotizados por encontrar curiosidades inauditas, han equiparado este número ocho con el Octuple Sendero de los budistas, justificándolo por la convergencia filosófica existente entre la postura cosseriana y los planteamientos de la enseñanza oriental). En 1940, publicó *Los hombres olvidados de Dios*, en 1944 *La casa de la muerte segura*, en 1948 *Los haraganes del valle fértil*, en 1955 *Mendigos y orgullosos*, en 1964 *La violencia y la burla*, en 1975 *Un complot de saltimbanquis*, en 1984 *Una ambición en el desierto* y en 1999 *Los colores de la infamia*. Como se observa, los títulos son muy sugestivos y provocativos, inundados por una prosa

⁹³ HV, pp. 117-118.

⁹⁴ Miche Mitrani, *op. cit.*, p. 76.

irónica e insolente, lo que le valió el sobrenombre del “Voltaire del Nilo”, comparándolo con el humor intransigente del escritor francés.

Con referencia a su obra, es pertinente también mencionar que en su totalidad está escrita en francés, no obstante, las narrativas ocurren siempre en su ciudad natal, ya que Egipto, como el mismo Cossery lo manifestó, jamás estuvo separado de él. En consideración con lo mencionado, se lee: “Jamás me he sentido fuera de Egipto. Lo llevo conmigo. Y puedo incluir en un nuevo relato detalles vistos u oídos hace incluso cincuenta años. Se han quedado en mi memoria”.⁹⁵

En 1990, como resultado de su labor literaria, recibió el Gran Premio de la Francofonía, una distinción que aceptó sin vacilación, convencido de que se le otorgaba por la falta de otro candidato. Además, afirmaba con absoluta franqueza que este acontecimiento carecía de importancia para él, pues desde que se había sumergido en el mundo de las letras, había anticipado esta fama. En este sentido, Cossery argumentaba: “En primer lugar, la falta de ambición. Lo que realmente destruye a las personas es la ambición”. Es decir, el propósito de sus publicaciones no se limitaba a obtener las trivialidades con las que Occidente suele reconocer el talento, meras frivolidades a los ojos del escritor oriental, sino que consistía en denunciar una realidad basada en la impostura.

Dentro de las excentricidades que suelen contarse acerca de su persona, está su negativa a emplearse en cualquier tipo de trabajo que le demandase obligaciones fuera de sus intereses. Seguramente en varias ocasiones se vio en la necesidad de tener que lidiar con algún desajuste de tipo económico, empero esto no revestía preocupación alguna, pues, por fortuna, tenía amigos que a menudo lo sacaban del apuro. En lo tocante con lo anterior, se cuenta que para pagar la renta de su cuarto de hotel vendía los cuadros que su amigo, el pintor Alberto Giacometti, le regalaba. Gustaba de los paseos nocturnos por las calles parisinas, desde Saint German de Prés hasta los jardines de Luxemburgo. Sin duda, esta fascinación por las caminatas recuerda aquel verso escrito por Luigi Amara que, si no fuera porque

⁹⁵ *Idem*, p. 14.

la historia lo desmiente, pensaría que cuando el escritor mexicano lo concibió la imagen del pensador egipcio anidaba las telarañas de su imaginación:

Andar a pie

como una forma de resistencia.

Como una declaración continua de principios.

Un largo no

en el acto de desplegar.⁹⁶

Asimismo, se afirma que acostumbraba vivir con extremada sencillez y que, por lo cual, sentenciaba que para probar su existencia en la tierra no requería hacerlo mediante la propiedad de un automóvil, aludiendo a la necesidad de los seres humanos por llenar sus existencias con filfas. Al igual que su padre, dedicaba un tiempo prolongado a su atavío personal, ya que gustaba de vestir impecable, como lo testifica el documental denominado “Albert Cossery: Paris - Le Caire”⁹⁷ que la Radio Télévision Suisse (televisora de origen suizo encargada de la promoción de programas en habla francesa) le realizó en el año 1991. Por esta razón, fue reconocido como el último dandi que arrojó el siglo XX, teniendo en cuenta que “el dandi aporta con su propio estilo unos alfilerazos de rebeldía que fragua a la perfección con su modo de vida produciendo un tono armónico y atractivo”.⁹⁸

Para finalizar, mencionaré que su muerte se suscitó en el mes de junio del año 2008 debido a un cáncer de garganta. “Murió como mueren los *outsiders*, sin ninguna consideración de la manada”.⁹⁹ Un día, de pronto, no se le vio hacer el recorrido cotidiano al café De Flore, donde solía llegar al medio día, por lo que sus

⁹⁶ Luigi Amara, *A pie*, p. 48.

⁹⁷ Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=ip74Zse1Crg>. Consultado el 30 de octubre de 2023

⁹⁸ José Luis Galar, *op.cit.*, p. 45.

⁹⁹ *Idem*, p. 119.

amigos más cercanos acudieron a su habitación para constatar que todo estuviese bien. Para su sorpresa, sólo encontraron un bulto mortecino sin signos vitales.

Quisiera reiterar el punto mencionado anteriormente acerca de la insistencia de Cossery en fusionar vida y obra, una tradición arraigada en la cultura grecorromana que el autor aquí tratado abrazó con especial simpatía, como veremos más adelante. Seguramente, como toda biografía, los trazos aquí delineados en este intento de acercamiento a la vida del pensador no dejan de proyectar mis intereses personales, dejando al descubierto las intencionalidades subterráneas de quien escribe. Razón por la cual, sugiero a quien esté interesado en hacerse una idea acerca de quién fue Albert Cossery, lo vaya descubriendo en los espacios intermedios de sus escritos, en los huecos en blanco entre párrafo y párrafo, en la sorprendente maniobra que algunos escritores desarrollan cuando moldean a sus personajes, calcando su propia existencia.

2.3 ¿Cossery, un pensador lúcido?

Fernando Savater en uno de los textos que dedicó al pensador rumano, Emil Cioran, decía acerca de la lucidez que ésta era como una especie de islote entre dos accesos delirantes.¹⁰⁰ El desengaño y el derrumbe de las certezas que posibilitan el seguir deambulando por la existencia. El lúcido es aquel que ha testificado la falsía de la realidad, a quien la fiebre delirante del mundo se le ha tornado en fruslería y vacuidad.

Al respecto, me parece fascinante la manera en la que Alberto Domínguez, en un libro en el que dedica a Cioran algunas páginas, ejemplifica la condición de la clarividencia: Es como cuando “un niño asiste a la representación de una obra de teatro de guiñol. A mitad de la función, de camino al baño, por curiosidad, se asoma detrás del pequeño escenario. Horrorizado, ve a dos tipos feos y barbudos

¹⁰⁰ Fernando Savater, *Todo mi Cioran*, Excursus., s/p.

moviendo los títeres que él creía reales”.¹⁰¹ Haber curioseado detrás de las bambalinas y percatarse de la bagatela tan palurda que hacía funcionar el espectáculo del escenario.

El pensador embriagado de lucidez, alejado de los otros por esta desnudez que ha avizorado, pero al mismo tiempo confundido en el magma ensordecedor del que forma parte, sabe que la única diferencia que lo separa del resto es el ser consciente de que es consciente de las maniobras inverosímiles de las que se vale el mundo para funcionar; pero, lejos de encontrar satisfacción en esta constatación, padece su lucidez con desconsuelo.

Sabe que su regreso al mundo, después del lapsus de clarividencia, las cosas no volverán a ser como antes. Es como aquel novato en reparación de electrodomésticos que, tras abrir los primeros enseres no logra, después de varios intentos, volver a acomodar las partecillas en su lugar y aunque consiga hacerlo funcionar, la apariencia destartada del artefacto se percibirá a simple vista. Así, la persona embriagada de lucidez hará lo que el resto, pero de una manera distinta a como proceden los demás. “Y si te pareces, empero, a los frenéticos que te rodean, sientes que una minucia te distinguirá por siempre de ellos; esa sensación, o esa ilusión, hace que, si ejecutas los mismos actos que ellos, no pongas en ellos el mismo ímpetu ni la misma convicción”.¹⁰²

Desde esta óptica, nada serio suele pasar por la mirada de la persona lúcida. El recurso que utiliza para seguir de pie es la ironía. Ante sus ojos, ninguna acción es digna de estima y pese a que muestre interés por la cotidianidad humana, en el fondo sabe lo terriblemente yermo que es el prestar demasiado valor a lo insignificante, pues “todo pensamiento a la larga se torna inconsistente, y, lo que es peor, se adorna de elementos cementeriales: lápidas, cipreses, calaveras”.¹⁰³ El lúcido, cargado de ironía, percibe el hedor letal de todo lo que transita por la vida.

¹⁰¹ Alberto Domínguez, *El arte de pensar*, p. 13.

¹⁰² Fernando Savater, *op. cit.*, s/p.

¹⁰³ Alberto Domínguez, *op. cit.*, p. 25.

Ahora bien, hay elementos suficientes para afirmar que Albert Cossery fue un pensador lúcido. Es innegable que su obra se yergue a la sombra del *desembrujo* del *delirio* generalizado.¹⁰⁴ Que insistió con ahínco en hacer ver que el nuestro es un mundo atestado de simulacros, juegos de sinsentido, cubierto por la impostura. En su libro *Una conspiración de saltimbanquis*, manifiesta que “vivimos en un mundo en el que todo es falso”.¹⁰⁵ El engaño es la sal sobrepuesta en la insipidez de lo azaroso. “A menudo era presa de intuiciones, de efímeras lucideces. Una fuerza mágica lo empujaba a comprender y a captar las causas secretas de su miserable destino”.¹⁰⁶

Es más, en varias ocasiones describe esta dolorosa desnudez de la ilusión de la que es presa, utilizando la mimetización con sus personajes. A las pruebas me remito: “Exteriormente seguía siendo un oficial de policía, duro e intransigente, embutido en su uniforme, aunque en el fondo de sí mismo todo se disgregara. No entendía nada de la grave enfermedad que había tomado posesión de todo su ser y que lo volvía incapaz de ejercer su autoridad”.¹⁰⁷ Hubiese querido ser parte de la estupidez del resto para no tener que sufrir el designio de la clarividencia, ser afectado de tracoma para evitar lidiar con las luces de la inteligencia. He llegado a imaginarlo cansado, renegando, hasta el hastío, por esta retumbante comprensión que le ha sido otorgada, sediento hasta el hartazgo por querer ser como lo demás, dejar de fingir imbecilidad y, por el contrario, nunca haber salido de ella. “La sensación de ser el único que conocía con certeza la inminencia del peligro casi le indujo a odiar el privilegio de la inteligencia, que le hacía indigno de participar de la despreocupación general”.¹⁰⁸

Por otra parte, su afición a la ironía es innegable. Sus libros son un recipiente de sagaces sintagmas irónicos. Temo que gastaría más del número de hojas requerido para un trabajo de titulación si transcribiera las líneas mordaces que

¹⁰⁴ La única intención de colocar las palabras en cursiva es denotar que son vocablos utilizados por Fernando Savater.

¹⁰⁵ *CS*, p. 63.

¹⁰⁶ *CM*, p. 22.

¹⁰⁷ *MO*, p. 196.

¹⁰⁸ *AD*, p. 24.

moran en sus libros. Por el contrario, me contento con hacer alusión al valor que Cossery otorga a esta maniobra del lúcido que hace posible su tránsito por la existencia: “valoraba instintivamente el espíritu sarcástico que animaba sus palabras más insignificantes y el enorme desprecio por todas las instituciones y convenciones establecidas”.¹⁰⁹ La ironía, como modo de habitar el mundo, va erosionando cada expresión, cada paso, cada movimiento; es testigo y cómplice de la transitoriedad, como el rastro efímero de una lancha sobre el agua, que el oleaje devora, convirtiéndolo en nada. O bien, como el carácter abrasivo, atribuido a Kierkegaard, que exhibe "su incapacidad para edificar y su propensión a derribar cada estructura desde su inicio".

Cabe añadir que, como todo lúcido es un descreído de los credos venideros. Sabe que las cosas no podrían ir mejor. Que al final, los ideales sólo se van usurpando unos a otros para permitir el movimiento continuo de la engañifa, que ningún discurso, por más eficaz que sea, nos liberará de ser la víctima o el verdugo. Razón por la cual, su lucidez no compagina con lo que Luis Alberto Ayala Blanco llamó *estúpido entusiasta*; es decir, aquel que cree que el pueblo quiere ser redimido, por lo que emprende la travesía de la liberación, pensado que agradeceremos sus hazañas y sacrificios. Sin embargo, como se ve “poca gente detesta tanto al pueblo como los revolucionarios”.¹¹⁰

Cossery dedicó uno de sus textos, *La violencia y la burla*, a reflexionar sobre la inutilidad de las revoluciones para transformar el mundo. Sustituir un delirio por otro no cambia en nada las cosas, ¡a qué gastar nuestras energías! Para el lúcido erigir nuevos templos no hace la existencia más habitable, antes constata la facilidad con que la estupidez maniobra innovadoras formas de engañarse. Por lo que es ridículo intentar hacer despertar a los otros y mostrarles la falsificación en la que han vivido; además, “sacudir a las gentes, sacarlas de su sueño a sabiendas

¹⁰⁹ CS, p. 108.

¹¹⁰ Luis Alberto Ayala, *Autómatas espermáticos*, p. 51.

de que con ello se comete un crimen, y de que valdría mil veces más dejarlas donde están, puesto que al despertarlas no tenemos nada que proponerles”.¹¹¹

Empero, y es con lo que quisiera finalizar este apartado que he colocado entre signos de interrogación, sospecho, y creo no ser la única, que a Cossery le pesó demasiado la clarividencia, por lo que prefirió cerrarle el paso e instalarse en una ilusión más, la de la alegría de vivir, creyendo encontrar un refugio para cubrirse del fulgor de la inteligencia. Esa salvación que esperaban con ímpetu (por supuesto un frenesí quietista, si esto es posible) los monjes orientales, es la misma redención que Cossery cree haber hallado, una especie de red en medio de la vacuidad. Después de todo, el mismo Savater afirmaba que en la lucidez no se mora de forma permanente, sino que, por el contrario, es sumamente sencillo caer zaherido por el resplandor de las quimeras.

2.4 Literatura sin ilusiones

Mediante sus obras, los grandes autores
levantan una muralla contra la estupidez.

Michel Mitrani, “Conversación con Albert Cossery”.

Cuenta Rafael Lemus en su texto *Contra la vida activa* que el origen de su aversión por el mercado tuvo un trasfondo literario. Narra que, recostado en su hamaca, solía pasar de libro en libro con el único fin de recrearse. Pronto advirtió que por mucho que cambiara de libros, parecía estar deglutiendo la misma masa informe insípida. Y así, concluye que “el culpable es el mercado editorial, el mercado a secas”.¹¹²

La literatura ha entrado en la lógica mercantilista de la producción masificada. Se publican un sinnúmero de textos cuyo único objetivo es el de abastecer el mercado

¹¹¹ Alberto Domínguez, *op. cit.*, p. 16.

¹¹² Rafael Lemus, *op. cit.*, p. 16.

del entretenimiento. No es casual que por doquier aparezcan los slogans que obligan, de una manera muy sutil, al lector a tener que dedicar parte de su día en consumir y consumirse leyendo esta literatura que Vivian Abenshushan denominó literatura placebo; es decir, una escritura aparentemente inofensiva que hace del lector un sujeto adiestrado e inerte, “plegándose dócilmente a los mecanismos que la dictadura de lo consumible ha impuesto sobre todas las esferas de la vida”.¹¹³

La literatura que más éxito tiene es aquella que entretiene al lector, que lo distrae, que recurre a los lugares comunes, que cuenta bonitas historias, que enseña cómo reponerse después de un día de desgaste laboral, que aconseja cómo llevar una mejor relación jefe-empleado, que escudriña de manera simplona el sentido que se ha buscado toda la vida, que sugiere miles de alternativas para hacer venidero lo advenedizo. Como se ve, aquella literatura que reafirma el ideario dominante a costa de la propia transformación de la vida en absurda estolidez, ajustada a las demandas de la economía imperante.

Las editoriales han denostado la calidad del texto para reducirlo a su mero aspecto cuantificable. Por ello, el escritor, convencido de que lo único importante son las regalías que obtendrá, está dispuesto a tener incluso que traicionarse así mismo para introducirse en esta dinámica y tener que escribir, “libros que funcionen: ¿para quién? Para el amo, claro. Para el señor lector, la patrona lectora. Porque también en la literatura contemporánea campea la moral de los esclavos. Se trabaja para alguien; se escribe no porque algo deba ser escrito sino porque alguien demanda ser divertido”.¹¹⁴

En este sentido, los autores terminan o siendo payasos o siendo títeres, ajustándose a los requerimientos que el mercado impone, reproduciendo, a manera de ventrílocuos, lo que la dictadura requiere para seguir funcionando. Así que, “lo habitual es que la literatura, más que oposición, funcione como elemento de reconocimiento ideológico que facilita nuestra inserción en el sistema,

¹¹³ Vivian Abenshushan, *op. cit.*, p. 221.

¹¹⁴ Rafael Lemus, *op. cit.*, p. 21.

enmascarando con un discurso aparentemente autónomo y puro el funcionamiento del capitalismo”.¹¹⁵

No hay literatura inocente, todo escrito lleva implícitas intenciones subterráneas. La creciente hiperproducción de textos cumple con el cometido, en su mayoría, de no decir algo distinto que lo que el poder pretende perpetuar. El libro, carente de elementos subversivos o atestado incluso de una sedición programada, termina por incorporarse a la dinámica productivista, ser un objeto entre los objetos que a diario se venden, porque “los libros ya no le ofrecen refugio frente a la hostilidad del mundo, porque se han convertido ellos mismos en productos y réplicas de esa hostilidad. Los libros han sido domados”.¹¹⁶

¿Cómo pensar en una literatura disidente, que se anteponga a esta tiranía de la letra escrita, cuando el sistema mismo parece captar y desactivar la voz del disconforme una vez que éste se ha incrustado en la lógica mercantil? ¿Cómo hallar de entre la podredumbre buenos escritores y buenos lectores cuando éstos han quedado aplastados por los más que han terminado por imponerse? ¿No sería más honesto prohibir la lectura que fomentarla, para no seguir embotándonos con la arbitrariedad de lo mismo y lograr, por lo menos, que los estantes, atiborrados de hojas inservibles, se apolillen en el olvido?

Por fortuna, hay todavía quien se arriesga a contravenir el mandato, jugándose la fama y el reconocimiento. Es decir, “el lector más sofisticado [¿por qué no decir también el autor?], por el contrario, no demanda: en vez de libros que lo consientan y reafirmen, gusta de perderse y de encontrar, entre el basurero, alguna obra que lo desafíe”.¹¹⁷

Es contra esta literatura arrodillada frente a las demandas mercantiles contra la que se opone Albert Cossery. Si el libro tiene un objetivo, por cándido que sea, ése es el de cambiar la vida del lector, pero desde la propia experiencia de la

¹¹⁵ David Becerra (et. al.), *Qué hacemos para construir un discurso disidente y transformador con aquello que hoy sirve para enmascarar la realidad y transmitir ideología*, p. 21.

¹¹⁶ Vivian Abenshushan, *op. cit.*, p.220.

¹¹⁷ Rafael Lemus, *op. cit.*, p. 21.

existencia no desde las tráqueas que le permitan al sistema seguir respirando. Sus textos no fueron escritos para leerse en una tarde lluviosa, recostado sobre el sofá, acompañado por una taza de café, y después de haber cumplido las doce horas reglamentadas de trabajo; sus textos buscan trastocar, herir, denunciar la podredumbre de la esclavitud que nos somete. En sus propias palabras:

[...] Dostoievski se publica en Occidente en libro de bolsillo, es decir, en tiradas de centenares de miles de ejemplares. Lo que significa que centenares de miles de personas han comprado *Crimen y castigo* o cualquier otra de sus novelas. Pero no han leído más que una historia, la han encontrado más o menos bonita. Sin embargo, al día siguiente, van tranquilamente a la oficina. Nada ha cambiado para ellos. A mí me ha pasado como a otros: un libro tiene tal influencia sobre ti que cambia tu vida. Si un libro no cambia tu vida, eres incapaz de experimentar otra cosa que no sea la banalidad de tu pequeña existencia.¹¹⁸

El escritor egipcio se antepone a aquellas prácticas, tan comunes en la actualidad, que reafirman el edicto *To publish or perish*, que funge como la garantía del escritor ante el estímulo y el reconocimiento. Para Cossery, la escritura no es un mandato, sino parte de un proyecto encaminado a desmitificar. Por eso, afirma, “algunos escritores escriben directamente y te dicen: «yo escribo cinco páginas al día», lo que me parece aberrante. No escriben, simplemente redactan un texto cualquiera. Yo, por mi parte, escribo una frase. Sólo que le doy veinte vueltas para que dentro haya algo”.¹¹⁹

De la misma manera, renuncia a tener que parecer interesante haciendo gala de conceptos ininteligibles, poniendo en tela de juicio una práctica ancestral en la filosofía y en otras disciplinas, según la cual entre más oscuro sea un autor, más profundo es. Apuesta, por el contrario, por una escritura simple, clara, sencilla. Sus textos no están escritos con el rigor académico, necesario para garantizarle un lugar en la historia de las ideas. (Aunque, a decir verdad, había afirmado en varias

¹¹⁸ Michel Mitrani, *op. cit.*, p. 143.

¹¹⁹ *Idem*, p. 120.

ocasiones su desdén por los elogios de una sociedad que sólo sentía respeto por los canallas) En este orden de ideas, solía afirmar: “yo no soy un escritor complicado. No es algo que puedan decir de mí. Por eso, por esta simplicidad, se piensa que no soy profundo. Porque, ya sabe, que para los críticos cuanto más ilegible es un libro, más profundo es”.¹²⁰

Cossery sabía que la literatura podía ser útil, pero siempre y cuando contribuyera a deshacernos de aquello que nos oprime, o por lo menos, denunciarlo. “Porque si hay una literatura que puede obstruir la mirada, también puede existir otra que nos pueda ayudar a ver”.¹²¹ Por esta razón, es que se negó rotundamente a aceptar que las suyas fueran novelas; es decir, historias más o menos bienintencionadas.

Mes livres, c'est moi... C'est à dire que j'ai une idée... Si vous m'avez lu, vous avez compris qu'il y a toujours la même ligne. Je ne suis pas un romancier. Je suis un écrivain. Un romancier écrit une histoire. Moi, je m'en fous de l'histoire. On dit : "Ah, quel beau portrait de femme!" Des choses comme ça. Pas mon genre. Ce que j'écris dans mes livres, c'est ce que je pense. Mes personnages ne sont pas inventés. Pour la plupart, ce sont des gens que j'ai connu, et qui sont mes amis.¹²²

Por debajo de esta negativa a reconocerse como novelista, me parece, yace su menosprecio hacia lo que con tanta pericia denunció Milan Kundera. “La novela (como toda la cultura) se encuentra cada vez más en manos de los medios de comunicación; éstos, en tanto que agentes de la unificación de la historia planetaria, amplían y canalizan el proceso de reducción; distribuyen en el mundo entero las

¹²⁰ *Ibidem.*, p. 134

¹²¹ David Berra (et. al.), *Op. cit.*, p. 58.

¹²² Disponible en: <https://blogs.mediapart.fr/stephane-vallet/blog/240608/albert-cossery-la-disparition-du-prince-de-la-derision>. Consultado el 15 de octubre de 2023. “Mis libros soy yo... Es decir, tengo una idea... Si me has leído, has entendido que siempre hay la misma línea. No soy novelista. Soy un escritor. Un novelista escribe una historia. No me importa la historia. La gente dice: “¡Ah, qué hermoso retrato de mujer!” Ese tipo de cosas. No es mi tipo. Lo que escribo en mis libros es lo que pienso. Mis personajes no están inventados. En su mayor parte, se trata de personas que he conocido y que son mis amigos”. (Traducción propia)

mismas simplificaciones y clichés que pueden ser aceptados por la mayoría, por todos, por la humanidad entera”.¹²³

Nadie dudaría, después de leer los textos cosserianos, que las suyas son historias contadas por un novelista. Que habría que colocarlo en el apartado de narraciones ficticias. Sin embargo, esto no es del todo cierto. Cossery se percata de que la novela, como otros géneros, se ha convertido en el receptáculo de un sistema servicial y que el tono con el cual había surgido, esto es, el de la constante interrogante, pronto se vio desplazada por las certezas de una prosa que caduca tan pronto ve la luz, según las reglas del mercado literario.

Albert Cossery reconoce que el arte de escribir precisa un tiempo, que no es el tiempo de los relojes y la eficacia. La escritura no puede regirse con el péndulo del mercado sin quedar atrapada en las fauces de la miseria. “Porque trabajo, admitámoslo, quince días seguidos y después estoy un mes sin escribir. A veces me paso tres meses sin hacer nada, para retomar el libro a continuación. Escribir exige una larga paciencia”.¹²⁴ Por esta razón, solía afirmar que no escribía si no encontraba *le mot juste* (la palabra justa), tomándose el tiempo necesario hasta dar con ella.¹²⁵ “Lo sé. No soy como los otros autores. Pero en los últimos diez años, aún tengo que encontrar a un escritor importante. La principal preocupación de un autor hoy en día es amasar la mayor suma posible de dinero. Escriben para alcanzar la fama o ganar premios literarios. Un ajeno a este juego es catalogado como autor marginal. En este sentido, sí, yo soy un autor marginal”.¹²⁶

Pienso que pronto se dio cuenta de la banalidad de una literatura que se autodenominaba novelesca y que terminaba por adornar las mesas o los estantes de las ferias del libro sin otro efecto que el que produce un montón de hojas ordenadas entre pastas llamativas. Tal vez Cossery también sospechaba que la forma contemporánea de prohibir un libro no era nada parecido a aquella práctica

¹²³ Milan Kundera, *El arte de la novela*, p. 23.

¹²⁴ Michel Mitrani, *op. cit.*, p. 116.

¹²⁵ José Luis Galar, *op. cit.*, p. 32.

¹²⁶ *Idem*, p. 42.

medieval de incineración, sino aquella otra que lo pierde en el anonimato de lo inservible.

A sus ojos, la escritura tenía que ser lapidaria, indiferente en muchas ocasiones para el lector, generadora de las sospechas sobre lo convencional, desorden, ineficacia, inconformidad, escepticismo. Pero la escritura también es memoria. El autor caiota solía decir que, a pesar de haber adoptado la cultura francesa, Egipto nunca se había borrado de su recuerdo. La confección de sus personajes se hilvanó con la rememoración de personas que conoció durante su infancia y adolescencia. “Yo no, en ningún caso. Jamás me he sentido fuera de Egipto. Lo llevo conmigo . Y puedo incluir en un nuevo relato detalles vistos u oídos hace incluso cincuenta años. Se han quedado en mi memoria”.¹²⁷ Después de todo, “El auténtico escritor dispone de un material limitado, que es su visión del mundo”.¹²⁸

En relación con esto, Albert Cossery se vale de su condición de individuo oriental para demoler, mediante una narrativa cargada con fuertes dosis de ironía, las pilastras que sostienen el edificio occidental. A través de su escritura se preconiza un ejercicio de desmantelamiento, más que de construcción. Acomete contra el trabajo, la ambición, el afán de ser reconocido en una sociedad por demás impostora. Sus letras agujonean el atavío de una cultura absorbida por el frenesí, el dinero, la instrumentalización.

Y en este sentido, es que las suyas son líneas más próximas al ensayo que a la novela, en cuanto que contienen fuertes dosis subversivas, cargadas de una extrema lucidez. O, por citar otra vez a Vivian Abenshushan, novelas que acaban como ensayos o ensayos que acaban como novelas. Es decir, “en medio de ese gran sentimiento de acabose que hoy ensombrece la literatura, el ensayo se ha vuelto tráfuga, evoluciona, se aproxima a otros géneros, los ayuda a salir del atorón. Como a la novela, que parecía ya muerta hasta que se confundió de nuevo con el ensayo y se oxigenó”.¹²⁹

¹²⁷ *Idem*, p. 14.

¹²⁸ *Idem*, p. 121.

¹²⁹ Vivian Abenshushan, *op. cit.*, p. 266.

Y al proceder de este modo, Albert Cossery rompe también con la tradición petulante que hizo de la filosofía la única depositaria del pensamiento crítico, la única autorizada, de entre las sucursales de la reflexión, para hablar de las cosas importantes del mundo, en desprestigio de los otros géneros, entre ellos la literatura, preocupados únicamente por embellecer la palabra escrita. No pretendo decir que el escritor egipcio se haya preocupado por ejercitarse en la filosofía, lo que afirmo es, más bien, que el pensamiento no es exclusivo de esta rama del saber, y que, como demostraron autores tan ancestrales como Platón, muy a pesar suyo, es posible encontrar un punto de unión, imaginar un diálogo entre la filosofía y la literatura, como ya muchos lo han hecho.

En este orden de ideas, me parecen relevantes dos intersecciones. La primera, aquella que entiende la escritura (sea literaria o filosófica) como una manera eficaz de intentar desnudarse de la realidad (aunque convencidos de que nunca será suficiente), una suerte de pataleo que propinamos al impostor, en donde literatura y filosofía comulgan en un mismo objetivo: desenmascarar los moldes prediseñados, deconstruir los lugares comunes que nuestra sociedad insiste en reproducir, pues si bien “no lograremos ser más libres, sí podremos conocer la lógica de nuestra servidumbre”.¹³⁰

Y en segundo lugar, que el pacto aquí reseñado no contribuya a generar pensamiento en serie, congelado y estéril; sino que, como lo enseñaron las escuelas filosóficas de la época grecorromana, contribuya a inventar nuevas formas de existencia. Por lo demás, no son pocos los escritores que han simpatizado con este híbrido que aquí se presenta. Lo hicieron Dostoievski, Balzac, Gorki, el mismo Nietzsche, y tantos otros.

¹³⁰ David Berra (et. al.), *op. cit.*, p. 59.

CAPÍTULO 3: Resonancia de la obra cossariana en la filosofía occidental

3.1 Diógenes y Cossery o la burla como farmacopea contra la marcha de un mundo encaminado hacia la estolidez

A veces el humor se revela como el único sentido del universo

Vila-Matas en Vivian Abenshushan, "Escritos para desocupados".

No hay forma de adivinar lo que piensa un hombre que nunca deja de reírse.

Albert Cossery, "Una ambición en el desierto".

Es difícil afirmar con total seguridad quiénes son los pilares intelectuales que sostienen la obra de un autor, a no ser que sean claramente expresados. Así, en muchas ocasiones tenemos que fungir más como inexpertos detectives que como diestros investigadores, a fin de poder hallar las pistas que pongan al descubierto la fuente de la que han bebido nuestros escritores, y, eso, con el riesgo de errar en el intento. Por esta razón, es que el siguiente ejercicio, la comparativa entre el filósofo Diógenes de Sinope y Cossery, tal vez responda más a la prolongación de la imaginación que a un trabajo concienzudo y sistemático.

Empero, las elucubraciones aquí planteadas tienen un trasfondo. Fue el mismo Albert Cossery quien afirmó haber sido heredero de la filosofía cínica. En varios de sus textos compagina su propio pensamiento con el de la escuela helenística: "A

Ben Kadem no le molestaba haber puesto en práctica el principio -fundamento de una filosofía cínica- que su joven pariente Samantar siempre había sostenido ante él, de que todas las instituciones humanas se basaban en la impostura”.¹³¹

Y es que, ciertamente, no es difícil vislumbrar un paralelismo entre el pensador egipcio y el filósofo perro. Ambos hicieron de la ironía su antimétodo predilecto para derrocar los baluartes santificados por la civilización. Y aunque, por obvias razones, no se tiene conocimiento de que Cossery haya optado por realizar las obras de Deméter y Afrodita en público o andar desnudo con una alforja, como única señal de propiedad, a pleno rayo de sol sobre las calles parisinas, su concordancia intelectual no deja de estar presente.

Incluso, sospecho que aquella anécdota tan jocosa que recrea Cossery está inspirada en el pensador del tonel (o ánfora, para no restarle importancia al descubrimiento que Michel Onfray hizo al respecto).

[...] un pobre duerme una siesta a los pies de una estatua en medio de una plaza de un pueblo de provincias de Egipto. El sol del mediodía abrasa la plaza y un policía que maldice su suerte la cruza solitario. Ve al pobre que duerme desvergonzadamente a los pies del monumento que lleva el nombre El Despertar de la Nación. Se acerca y lo despierta con zarandeos mientras lo increpa preguntándole si no le da vergüenza dormir así a los pies de un símbolo del pueblo, que además es El Despertar de la Nación. El pobre, somnoliento, le responde que en absoluto, que no entiende por qué ha de darle vergüenza. El policía vuelve a insistirle que es una ofensa que duerma bajo el Despertar de la Nación. El mendigo con absoluta tranquilidad le dice que lo deje dormir y que cuando haya despertado al resto de la nación vuelva a despertarlo a él y se levantará con mucho gusto. El agente de la ley se va con la cabeza gacha completamente deprimido.¹³²

Si a algún despistado se le hubiese ocurrido la insana idea de ponerle nombre al mendigo somnoliento de la narración descrita, adjudicándosela a Diógenes,

¹³¹ AD, p. 115.

¹³² La anécdota aparece en José Luis Galar, *op. cit.*, p. 73. Si se desea consultar la narrativa original, véase CS, p, 138.

posiblemente nadie hubiese dudado de la veracidad. El filósofo cínico estaba acostumbrado a ese tipo de insolencias. ¿Acaso no fue él el que con desparpajo desactivó la generosidad con la que se disponía a proceder Alejandro Magno, al percatarse de la indigencia en la que vivía el filósofo cínico?

En ambos autores hay, además, momentos incontables que demarcan su inclinación por el sarcasmo, bien sea en las anécdotas que refiere Diógenes Laercio respecto de su homónimo de Sinope o en la obra cosseriana. Por ejemplo, tanto en el cinismo como en Cossery aparece la figura del asno. Este hecho no es casual. Conviene, antes de proseguir, aclarar que el relato al que recurriré no se le adjudica a Diógenes, sino a su maestro Antístenes. Lo cual me parece un hecho insignificante, ya que, salvo algunos matices, la línea continúa en la misma dirección. Así pues, se cuenta que el cínico “Aconsejaba a los atenienses nombrar por decreto caballos a los asnos. Como lo consideraban absurdo, dijo: «Sin embargo, también los generales surgen de entre vosotros sin ningún conocimiento, sino sólo por ser votados a mano alzada»”.¹³³ Hasta aquí la referencia cínica. Vayamos ahora a las palabras de Cossery:

–¡Dios es grande! –respondió el mendigo–. Pero ¡qué importan los negocios! Hay tanto júbilo en la existencia. ¿Sabes el cuento de las elecciones?
–No, nunca leo los periódicos.
–No venía en los periódicos. Alguien me lo contó.
–Entonces te escucho.
–Pues bien, ocurrió hace algún tiempo en un pueblecito del bajo Egipto, durante las elecciones a alcalde. Cuando los empleados del gobierno abrieron las urnas, se dieron cuenta de que la mayoría de los votos tenían el nombre de Bargut. Los empleados del gobierno no conocían aquel nombre; no estaba en la lista de ningún partido. Espantados, acudieron a la oficina de informaciones y cuál no sería su asombro al enterarse de que Bargut era el nombre de un asno, muy considerado en todo el pueblo por su sabiduría. Casi todos los habitantes habían votado por él. ¿Qué te parece el cuento?¹³⁴

¡Vaya manera tan sutil para denostar uno de los ideales más añejos del que ha gustado Occidente! Lo palurdo que tanto al filósofo cínico como al escritor cairota

¹³³ Diógenes Laercio, *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, Libro VI, 282.

¹³⁴ *MO*, p. 15.

les parece la democracia esta descrita, con suma perspicacia, en derredor de la figura del asno. Dejan en este animal la opinión que les confiere esa inclinación febril por lo aparentemente popular.

No obstante, no será la única vez que veamos al animal asnal protagonizar los dardos irónicos de estos pensadores. Una vez más, Cossery narra que, antes de la entrevista con el gobernador, Karim se disponía a pasar con el peluquero con la finalidad de mostrar una apariencia totalmente renovada ante una figura tan importante. Mientras hacía fila, Karim observó a un carretero con su asno acercarse, exigiendo al peluquero darse prisa porque el animal necesitaba ser esquilado lo antes posible. Ante la exigencia del carretero, el maestro Abu, que no era otro más que el peluquero, se dispuso a colocar su maquinilla sobre el asno y comenzar su labor, sin importar que hubiese otros, entre ellos Karim, esperando ser atendidos.

Pero antes de que pudiera comenzar su tarea, Karim lo había detenido con un gesto y se había levantado de su taburete.

–¡Qué significa esto, hombre! Yo estaba aquí antes que él. Tengo prisa.

–Excúsame, efendi –dijo el peluquero–. Pero es un viejo asiduo, no puedo hacerlo esperar.

–Esperará. Te repito que tengo prisa.

–Este asno tiene más prisa que tú, joven– dijo el carretero.

–¿Por qué? –preguntó Karim–. ¿Va a una boda?

–No tenemos tiempo para ir a bodas– replicó el carretero con un tono grandilocuente–. ¡Nosotros trabajamos!¹³⁵

La resolución del peluquero de acceder a atender en primera instancia al asno, vino acompañada de un enojo incontrolable por parte de Karim, suscitándose el siguiente diálogo:

–Jamás pasaré después de un asno –respondió orgullosamente Karim–. ¡No parece saber con quién hablas!

–¿Y quién eres, efendi?

–No voy a perder mi tiempo en decírtelo –soltó Karim con desenvoltura–. Ocupate de ese asno. ¡Es la clientela que mereces!

–¿Por casualidad estás insultando a mi asno? –vociferó el carretero con un semblante salvaje–. ¿Quién eres tú para atreverte a insultar a un trabajador?¹³⁶

¹³⁵ VB, p. 139.

¹³⁶ *Idem*, p. 141.

Mediante estas líneas socarronas, Cossery pone en evidencia una de las fijaciones modernas del ser humano: el fanatismo por el trabajo. Mira con sarcasmo la manera en la que la sociedad ha ensalzado la figura del trabajador y, por el contrario, ha denostado a aquel que se rehúsa a compaginar con esta lógica. Así, el que es capaz de embrutecerse hasta la saciedad, gastar sus energías en el derroche de actividades banales, repetitivas y poco provechosas mientras observa como el reloj se va tragando las horas, es respetado y digno de las mayores loas que puedan ofrecérsele. En cambio, el holgazán es condenado a padecer el infortunio de su resistencia a colaborar. Su falta de ambición lo obligan a no rendir pleitesía al santo patrono de los esclavos.

En este sentido, tanto Diógenes como Albert Cossery coinciden en ver con malos ojos la sujeción que hace que nuestras horas de vida trasmuten en horas de rendimiento. Hasta donde se tiene noticia, el filósofo perro nunca trabajó. Se cuenta, por el contrario, que solía gastar las horas más fructíferas del día arrastrando su barril de un lado a otro, emulando la insania que se había apoderado de sus contemporáneos y que los mantenía atrapados en esta cárcel mortífera.

Empedernidos falsificadores de la moneda vigente, estos pensadores, Cossery y Diógenes, no repararon en verter los ideales civilizatorios en el receptáculo de la ironía. Sus flechas, envenenadas por el sarcasmo, se disparan contra las quimeras, los delirios, las falacias que obnubilan la existencia. Sus dardos atraviesan tanto a los poderosos como a la gente corriente y moliente, comerciantes, profesores, artistas. Es imposible navegar por sus letras (en el caso de Diógenes, por las que concentran sus diatribas) y permanecer incólume. Si lo anterior no es suficiente para justificar lo aquí dicho, prosigo con algunos botones que muestran el estilo punzante que los caracterizaba.

A este respecto, el novelista caiota narra el siguiente encuentro entre un niño y Atef Suleyman, un afamado promotor de ventas:

- ¿Para qué quieres la hora? ‘Tienes una cita?
- No -respondió el niño—. No tengo ninguna cita.
- Entonces, ¿de qué te va a servir saber la hora?
- Era sólo para hablar. Busco a mi padre.
- No lo entiendo. ¿Qué relación tiene tu padre con mi reloj?
- Te lo voy a explicar. Mi padre nos abandonó, a mi madre y a mí, cuando yo era muy pequeño. No lo conozco. Mi madre dice que regresará un día u otro y que es muy rico. Así pues, cada vez que veo a un hombre como tú vestido a la manera de los ricos, pienso que sea él.
- ¿A qué se dedicaba tu padre?
- Era ladrón –dijo el niño con orgullo.
- Lárgate de aquí, tunante! Yo no soy tu padre.

Y siguiendo la línea del robo, se cuenta que el filósofo sinopense, al observar a unos sacerdotes tomar por reo a un sacristán por haber robado cierto objeto del templo, dijo: “Los grandes ladrones han apresado al pequeño”.¹³⁷ Lo cual, recuerda aquel enunciado cosseriano que afirmaba lo siguiente: “Esos hurtos constituían, es cierto, sólo una mínima compensación de las fabulosas sumas que esos criminales sin escrúpulos acumulaban sin tener en cuenta la miseria del pueblo”.¹³⁸

Así pues, lo que Diógenes hace a través de la anécdota, Cossery lo renueva mediante la escritura. Uno y otro coinciden en que la mofa es un elemento útil para combatir este mundo que se encamina hacia la estolidez. La ironía, por ende, permite el desmantelamiento de las creencias que alimentan la ideología reinante. Son pensadores bravucones, insolentes, groseros, que no pierden la oportunidad para reír. Pronto descubrieron lo ineficaz que resulta oponerse a los imperativos opresores cuando hay derramamiento de sangre o cuando el rostro se torna demasiado serio. Para la lucha, por el contrario, bastaba con un arma blanca; sin rasguños, pero sumamente potente.

Empero, como afirmó Rafael Sartorio respecto del cínico, “bajo la máscara burlona parece que se nos hurta el rostro del pensador que contempla la vida con la máxima seriedad a través de un sistema elaborado y profundo”¹³⁹ Por supuesto que tales pensadores fueron antisistemáticos, su finalidad no fue la de elaborar un

¹³⁷ Diógenes Laercio, Libro VI, p. 299.

¹³⁸ *Cl*, p. 16.

¹³⁹ Rafael Sartorio, *Los cínicos*, p. 52.

sistema, en el sentido filosófico tradicional, sino reírse de un espectáculo que se les antojaba empapado de idiotez; y hacer de la risa un ejercicio en extremo serio. Pues debajo de la mueca socarrona se esconde una reflexión profunda del mundo que avizoran. “Tras la causticidad de Diógenes y su intención de provocar, percibimos una actitud filosófica seria, tal como puede haber sido la de Sócrates”¹⁴⁰.

Dicho esto, Michel Onfray solía afirmar que “hoy es perentorio que aparezcan nuevos cínicos: a ellos les correspondería la tarea de arrancar las máscaras, de denunciar las supercherías, de destruir mitologías y de hacer estallar en mil pedazos los bovarismos generados y luego amparados por la sociedad”.¹⁴¹ No cabe duda, que Cossery cumplió con el cometido enunciado por el filósofo francés: sus mordeduras tenían la convicción de rasgar esos velos que mantienen a las mayorías afincados en la confusión y el engaño.

Así que, a través de la burla, como se ve, el pensador egipcio y el filósofo cínico intentan hacer despertar a la masa ingente que vive pernoctando en la estupidez mandada, regulada por el ideario dominante, pero están convencidos del fracaso de tal empresa (tanto la filosofía de Diógenes como el pensamiento cosseriano convergen en su carácter antigregario; no son filósofos defensores de lo colectivo, pues están convencidos de que el arduo camino de la lucidez se transita en solitario); además, ¿qué sería del mundo si dejara de proveer el tonillo dulcificante de la risa? De ahí la relación tan paradójica que establecen con los otros.

Por un lado, Cossery y Diógenes comparten su desprecio innegable por la humanidad. Sobre esto, es conocida aquella anécdota, contada por Laercio, según la cual en alguna ocasión el sinopense clamaba “¡A mí, hombres!”, como muchos acudieron al llamado, el filósofo, de inmediato, los amedrentó con su bastón, justificando que él había pedido hombres y no desperdicio de seres humanos.¹⁴² A su vez Cossery esgrimía: “Por doquier los mismos seres embrutecidos, afanados,

¹⁴⁰ En Michel Onfray, *Retrato de los filósofos llamados perros*, p. 32.

¹⁴¹ *Ibidem*.

¹⁴² Laercio, Libro VI, p. 293.

conducidos como rebaños de búfalos, por las mismas mentiras eternas”.¹⁴³ Y en otro momento: “Personificaba la imagen misma de la humanidad, en cuclillas y feliz sobre sus excrementos”.¹⁴⁴

Pero, por otro lado, estos pensadores saben de lo inútil que es apartarse de la manada a favor de una vida solitaria. No se sabe que Diógenes, cual facsímil de Heráclito, haya optado por dejarse abrazar por los recovecos de los montes, ahí donde sólo el silencio nos habla. De igual manera, se sabe que Cossery huyó de la vida del literato anciano; es decir, de aquella afincada en el campo que se les reserva a los escritores luego que comienzan a envejecer. Son, por el contrario, aficionados subversivos deambulando entre los seres humanos, que encuentran en este mundo el subterfugio ideal para desternillarse, puesto que no dejaban de tener presente que “No debes cortar nunca los lazos con la humanidad, pues al alejarte corres el riesgo de encontrarle circunstancias atenuantes”.¹⁴⁵

Además, conviene decir que la risa tan común en el filósofo de Sinope y el escritor egipcio no es nada parecida a aquel humor tan frecuente en nuestros días. Una cantidad infinita de contenido, supuestamente divertido y gracioso, se traslapa a diario por nuestros aparatejos digitales con la intención de obligarnos a reír. La risa programada, aquella que conviene al amo y señor, la risa envasada que se produce en serie y que nos mantiene alelados en la trampa de la tiranía dominante, en la que creemos estar haciendo algo con pleno consentimiento pero que, en el fondo, no es sino la reproducción de lo ya hecho.

Al respecto, en uno de sus escritos, Albert Cossery recrea a Heykal, un tipo irreverente, burlón, disoluto, quien, al enterarse de que la progenitora de Urfy, el cual encarna la figura del profesor atrapado en los dogmas establecidos, ha perdido la razón, le recomienda a este último que *aprenda a reírse de su madre*.

¹⁴³ HV, p. 53.

¹⁴⁴ *Idem*, p. 62.

¹⁴⁵ CS, p. 66.

Semejante expresión es utilizada en una conferencia¹⁴⁶ por el pensador español Agustín García Calvo con una ligera modificación en el destinatario: reírse de su padre. Al parecer, según lo expuesto en la charla, reírse de su padre es reírse de cualquier figura de autoridad y poder. Para el autor zamorano, la risa nace de una herida, de un desconcierto; por ello es hiriente, desveladora. En este sentido, reírse de su padre (o de su madre) es una risa contra las falsedades que constituyen la realidad.

Desde esta óptica, el que ríe intenta hacer sangrar “la herida que se encontraba bajo la dura costra de la cotidianidad”.¹⁴⁷ Algo que difícilmente lograra provocar aquel chapucero de imbecilidad que a diario defeca el sistema bajo el nombre de comedia. Por tanto, no es lo mismo la risa mandada, programada, instrumentalizada, prediseñada, aquella de la que se sabe que su efecto no será más que el eco de las quimeras reinantes, de aquella otra que pretende desmitificar, destruir, desarmar.

Por lo antes dicho, es que considero que tanto Diógenes como Cossery son exquisitos derrochadores de un humor agudo, al percatarse de que por donde se pose la mirada, los eventos risibles salen al encuentro, porque la locura humana es ilimitada. Por eso solía afirmar el escritor egipcio: “este siglo me parece que sobrepasa a todos los demás en el campo de las bufonadas”.¹⁴⁸

Por ende, reírse de su madre, como lo sugiere el pensador caiota, es reírse de la lógica dominante, es horadar los significados mundanales que han hecho del suelo de la realidad una capa endurecida.

¹⁴⁶ Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=4SO3PyEb_DU. Consultada el 10 de noviembre de 2023.

¹⁴⁷ Luis Alberto Ayala, *op. cit.*, p. 96.

¹⁴⁸ *MO*, p. 145.

3.2 Epicuro y Cossery o contra la tiranía moderna de la felicidad

El grito de la carne: no tener hambre, sed ni frío. Quien goce de este estado y de la posibilidad de gozar bien puede rivalizar en felicidad con el mismo Dios.

Pierre Hadot, "Ejercicios espirituales".

Las siguientes líneas pretenden escudriñar la afinidad existente entre las preocupaciones filosóficas epicúreas y las delineadas en los escritos de Albert Cossery, principalmente en temas tan actuales como el placer y la felicidad. Por lo demás, quisiera agregar que no es la primera vez que se aduce a la compatibilidad intelectual entre el filósofo de Samos y el escritor del Cairo. Sobre esto, José Luis Galar, ya había matizado tal parentesco cuando afirmó que "Aparece sobre la mesa de nuestro imaginario café la concepción epicúrea de su vida que impregna toda su obra".¹⁴⁹ Inclusive, Raymond Espinose, en su texto *Albert Cossery, une éthique de la dérision*, presta especial interés en hacer del escritor caiota un sucesor de la filosofía epicúrea, heredero de la noción de privación y moderación.¹⁵⁰

Epicuro es uno de esos filósofos de la antigüedad que durante mucho tiempo estuvo soterrado en el sótano de la filosofía, ahí donde se refugian aquellos pensadores que no le van bien a la historia de las ideas, pues le causan una especie de dolor estomacal que inhibe su adecuado funcionamiento. Al parecer, la preocupación epicúrea por temas como el cuerpo y el placer denotaban más el interés de un filósofo por lo disoluto que una reflexión genuina y seriamente elaborada. Se sabe que, incluso, fueron sus mismos contemporáneos quienes se encargaron de desprestigiar su enseñanza filosófica y relacionar al jardín (que era el sitio donde se concentraban los epicúreos) con un lugar de perversión, asociándolo con el derroche, el desenfreno y la lujuria. Situación, incluso, que les valió el conocido mote de "cerdos".

¹⁴⁹ José Luis Galar, *op. cit.*, p. 33.

¹⁵⁰ Véase Raymond Espinose, *Albert Cossery, une éthique de la dérision*, pp. 38-47.

Lo cierto es que, en parte, el descrédito del que gozó la escuela epicúrea se debía, a su vez, a uno de los principios defendidos por Epicuro; a saber, que la enseñanza filosófica no distinguía entre hombres y mujeres; y que en cuanto a estas últimas, lo mismo se aceptaba a aquellas que pertenecían a la élite o al séquito de heteras de la ciudad.

En nuestros días, por el contrario, la viveza de su pensamiento ha cobrado fuerza. Esto no es casual: asistimos a la sobrevaloración de lo corpóreo y a la intensificación de los placeres. Además, la búsqueda de la felicidad epicúrea, al parecer, comulga con la apetencia vigente enfocada a semejante objetivo. Sin embargo, como se irá viendo conforme avancemos, es una interpretación errónea de un pensador que apostó por la sencillez antes que por lo ostentoso.

En atención a lo anterior, para Epicuro la finalidad de la filosofía era la de proveer a los seres humanos las herramientas indispensables para naufragar sobre un mar atiborrado de miseria y dolor. Su desdén por temas como la política, el honor, la riqueza, se debía a la poca estima que tenía por aquellos saberes infructuosos para afrontar las cosas más nimias de la existencia.

En este sentido, si la filosofía era útil a los individuos, se debía a que les procuraba la posibilidad de disminuir al mínimo sus sufrimientos. Así pues, desde esta perspectiva, el conocimiento filosófico no era percibido como algo abstracto, sino pragmático, ya que servía, principalmente, para ganar en la serenidad de ánimo, alejar los temores del espíritu y aliviarse contra la superstición y las mentiras. Es decir, “Epicuro niega la necesidad de la cultura y la educación como requisitos, y proclama la urgencia y la oportunidad en cualquier tiempo del filosofar. En el Jardín se entraba sin saber geometría. Incluso felicita Epicuro a algún adepto por haber prescindido de la educación superflua”.¹⁵¹ Porque “filosofar es, no un lujo, sino una urgencia vital en un mundo caótico y alienante”.¹⁵²

Por lo tanto, el filósofo de Samos se interesa por la filosofía no como un saber especulativo o accesorio, sino como un aprendizaje capaz de responder a las

¹⁵¹ García Gual, *Epicuro*, p. 48.

¹⁵² *Idem*, p. 58.

preguntas que nos asaltan en las noches aciagas, esas incertidumbres inherentes a todo ser humano. Por ello, Epicuro diseñó un programa austero, pero eficaz, que actúa como un medicamento para erradicar la enfermedad. Al respecto, cabe mencionar que el filósofo es visto, desde esta explicación, como el médico del alma: mientras que el médico del cuerpo cura las enfermedades corporales, el estudioso de la filosofía lo hace referente a las del alma. “Vana es la palabra del filósofo que no remedia ningún sufrimiento del hombre. Porque, así como no es útil la medicina si no suprime las enfermedades del cuerpo, así tampoco la filosofía si no suprime las enfermedades del alma”.

El fundamento de la ética epicúrea se basa en el *tetraphármakon* o cuádruple remedio y su objetivo era el del postular el placer como el máximo bien. Cuatro eran, entonces, los preceptos que se requerían para un adecuado tratamiento contra los males que padecemos; a saber, la recta opinión concerniente a los siguientes tópicos: sobre los dioses, sobre la muerte, sobre el bien y su límite y sobre el dolor.

Sobre los dioses, afirmaba Epicuro, “no le atribuyas nada diferente a su incorruptibilidad o a la dicha”¹⁵³, pues éstos no son como estima la mayoría; es decir, una proyección de sus propias virtudes y vicios. Por el contrario, las entidades divinas se caracterizan por la inmortalidad y la beatitud. En cuanto a la recta opinión de la muerte, es conocido el silogismo preferido del filósofo del jardín: si nosotros estamos, ella (la muerte) no está. Y si ella está, nosotros ya no. Además, la conciencia de la propia mortalidad aparta al ser humano del temor que la muerte le reserva. “De aquí se sigue que el recto conocimiento de que la muerte no es nada en relación a nosotros hace gozosa la condición mortal de la vida, no añadiéndole un tiempo ilimitado, sino apartándole del anhelo de inmortalidad”.¹⁵⁴

Ahora bien, pronto Epicuro se percató de que otra de las causas que perturban el estado de ánimo de los individuos es la constante insatisfacción de la que es presa. Su ambición, regulada por el descontento y motivada por el deseo insatisfecho, le ocasiona dolor. Los seres humanos somos presa del movimiento

¹⁵³ Diógenes Laercio, Libro X, p. 560.

¹⁵⁴ *Ibidem*.

incesante de nuestra imaginación, de lo que carburamos en las mientes, más de lo que en realidad acontece. Los budistas supieron esto a la perfección, por ello prestaron especial énfasis al adiestramiento meditativo. Ciertamente, la budista no es la respuesta por la que se inclina Epicuro.

En su tercera carta, la dirigida a su discípulo Meneceo¹⁵⁵, el pensador del jardín refiere tres tipos de deseos. Los primeros, naturales y necesarios, son el precio que hay que pagar por nuestra condición humana y, además, su satisfacción es imprescindible para garantizar la supervivencia; comer y dormir valen como ejemplo de este tipo de apetencias. Los segundos, aunque naturales son innecesarios, pues su insatisfacción no pone en riesgo nuestra vida. Y, por último, aquellos deseos que no son ni necesarios ni naturales; es decir, los requerimientos vanos.

El aspirante a sabio, desde el epicureísmo, es aquel que, teniendo presente una correcta opinión sobre los deseos, se mantiene apartado de aquellos que son infructuosos para la tranquilidad espiritual (como el poder, la apetencia de inmortalidad, el honor, la riqueza), ya que son los que mayores dolores y sufrimientos nos causan. Y pese a esto, los seres humanos, como embobados, viven existencias mediocres, otorgándole importancia a una madeja de apetitos que trae consigo penas y padecimientos.

En este orden de ideas, la conquista de la felicidad para Epicuro consiste en tallarse una vida asociada a los placeres superiores; lo cual equivale a decir, aparejada a un frugal ascetismo. Al principio de este apartado, he hecho alusión a la desvalorización que se ha hecho de su filosofía, en donde han intervenido diferentes factores, de entre los cuales me parece que el más importante es la interpretación errónea que se ha hecho de su pensamiento. Algunos llamados eruditos, han visto en Epicuro un defensor del deseo desenfrenado de la carne, de los bienes materiales, y lo han relacionado con un vulgar hedonismo. ¡Vaya manía que tenemos los seres humanos de tergiversar las cosas!

¹⁵⁵ *Ibidem.*

Aunque no me considero poseedora de la mejor interpretación que pueda hacerse del legado de Epicuro - ¡Quién podría afirmar semejante barbaridad! -, lo cierto es que estas exégesis a menudo carecen del conocimiento directo del autor y basan sus opiniones en lo que han cazado de oídas.

Hay que decir que Epicuro no es un filósofo del exceso. El placer que propone como máximo bien a alcanzar es una satisfacción de la sencillez. Acerca de esto, Carlos García Gual en la conferencia que le dedica al pensador de Samos narra una anécdota que, sin desdeñar su carácter sarcástico, deja entrever la frugalidad que caracterizaba su modo de vida: así decía a uno de sus amigos, “envíame un pequeño queso porque pienso darme un festín”.¹⁵⁶ Y él mismo dejó escrito en la *Carta a Pítocles* que “cuando decimos que el placer es el objetivo final, no nos referimos a los placeres de los viciosos o a los que residen en la disipación, como creen algunos que ignoran o que no están de acuerdo o interpretan mal nuestra doctrina, sino al no sufrir dolor en el cuerpo ni estar perturbados en el alma”.¹⁵⁷

Así pues, una vida placentera conduce a la felicidad, que es el anhelo de autoperfección, asentada sobre la serenidad del sabio. El epicureísmo sostiene que la imperturbabilidad es una especie de dique que interrumpe el regurgitar de los deseos o como diría Pierre Hadot, el ejercicio espiritual que logra una “transformación profunda de la manera de ser y ver del individuo”.¹⁵⁸ Desde este punto de vista, la felicidad no estaría asociada a la obtención de honores, la búsqueda de riqueza o al derroche del placer carnal, sino a esa templanza que el filósofo logra, tras percatarse de donde proceden nuestras angustias. Al respecto, escribe Epicuro:

Porque ni banquetes ni juergas constantes ni los goces con mujeres y adolescentes, ni pescados y las demás cosas que una mesa suntuosa ofrece, engendran una vida feliz, sino el sobrio cálculo que investiga las causas de toda elección y rechazo, y extirpa las falsas opiniones de las que procede la más grande perturbación que se apodera del alma.¹⁵⁹

¹⁵⁶ Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=6F0lpavPQi0&t=158s>. Consultado el 10 de noviembre de 2023.

¹⁵⁷ Diógenes Laercio, Libro X, p. 563.

¹⁵⁸ Pierre Hadot, *Ejercicios espirituales*, p. 22.

¹⁵⁹ Diógenes Laercio, Libro X, p. 563.

Como se ve, la propuesta filosófica epicúrea dista en demasía de equipararse con la actual tiranía de la felicidad, asociada con la megalomanía depositada en el individuo, según la cual éste es capaz de conseguir todo aquello que se proponga -teniendo presente que nunca logrará hacerlo-, haciéndose latente en las trilladas frasecillas del “yo puedo”, “para conseguirlo, basta con quererlo”, “atrévete a luchar por lo que siempre has querido”. Por supuesto que lo que siempre he querido, según esta perspectiva, es lo que el mercado ofrece. La felicidad epicúrea está muy lejos de asemejarse a esta moral productivista en constante incitación hacia el consumo.

Pues, como arguye Fernando Savater: “Pero no hay que perder de vista que la idea de «felicidad» que maneja Epicuro está privada del halo enfático y glorioso que envuelve a ciertas interpretaciones triunfalistas de la felicidad. La felicidad no es expansionista, se alcanza mediante un proceso de reducción, en ningún caso de ampliación. Nunca es la meta final de una serie inacabable de triunfos y consecuciones”.¹⁶⁰

Dicho esto, es sumamente interesante la manera en la que Bifo Berardi demostró que el imperativo felicista que prevalece en nuestros días, debe ser considerado más una *fábrica de la infelicidad* que la apetencia por consolidarse en la tranquilidad del sabio. Así, afirma que “la ideología de la *new economy* se centra de forma obsesiva en la convicción de que la afección al trabajo se traduce en dinero y que el dinero da la felicidad”.¹⁶¹ Lo erróneo es que quienes hemos dudado de esta forma de proceder, pronto caemos en la cuenta de que en realidad la superabundancia que a diario se nos promete “produce miseria, incluso para quien logra acumular mucho”.¹⁶² Ya en su momento también Epicuro argumentaba cómo la mayor riqueza termina siendo pobreza.

En el modelo neoliberal, la felicidad no es más que otra mercancía. Un producto ofrecido al público, incapaz de satisfacer al cliente, pues éste tan pronto

¹⁶⁰ Fernando Savater, (et. al.), *Muchas felicidades*, s/p.

¹⁶¹ Franco Bifo Berardi, *op. cit.*, p. 66.

¹⁶² *Idem*, p. 66.

cubre una necesidad o un deseo, de inmediato ve acercarse otro ciento más. Es decir, “la felicidad es un continuo, esto es, no un estado especial y final que llegue de una vez por todas, sino un proceso sin fin de mejora personal en el que los individuos siempre deben aspirar a ser más felices de lo que son”.¹⁶³ Entonces, la serenidad epicúrea se trastocó por la plasticidad insatisfecha de esta felicidad emanada del capitalismo.

Epicuro tenía presente que para lograr a diario la versión renovada de uno mismo, era indispensable el tiempo; es decir, la confabulación con la lentitud. La paciencia que requiere la reflexión. Pero el jornalero contemporáneo, enmantecado en la voracidad con que a cada instante el tiempo lo engulle, está lejos de asistir a la periferia de sí mismo. Por el contrario, la desmesura de su estado lo mantiene aturdido con una multitud de distracciones y sujeto a la exageración de sus deseos. No obstante,

Cualquier espíritu que se vacíe de lo «inútil» tiene acceso a un tiempo bueno. Vaciar el espíritu, liberarlo de los deseos, da profundidad al tiempo. Y esta última vincula cada punto temporal con el Ser entero, con su aroma imperecedero. El deseo hace que el tiempo sea radicalmente efímero, empujando al espíritu hacia adelante. Cuando se queda en reposo, cuando se recoge en sí mismo, aparece el tiempo bueno.¹⁶⁴

Del mismo modo, defensor de la sencillez, Albert Cossery hubiese sido, sin tapujos, un fiel seguidor de la escuela de Epicuro. Denostó, inclusive, a aquellos pensadores que horadaban una brecha entre el pensamiento y la vida, profiriendo discursos incapaces para consolar a los seres humanos en sus ratos más aciagos; o a aquellos otros que hacían de su práctica filosófica una hemorragia de discursillos infecundos e invivibles. “¡Qué lejos estaba de los pleitos estériles y cruentos de los hombres y de sus confusas ideas acerca de la razón y la vida! Todos esos grandes espíritus, que él había admirado durante tantos años, ahora le parecían viles

¹⁶³ Edgar Cabanas y Eva Illouz, *op. cit.*, s/p.

¹⁶⁴ Byung-Chul Han, *El aroma del tiempo*, p. 90.

envenenadores, desprovistos de toda autoridad. Enseñar la vida sin vivirla era un crimen de la más detestable ignorancia”.¹⁶⁵

Para el escritor caiota la enseñanza estaba lejos de ser una mercancía capaz de moldearse según los intereses de las instituciones. Por el contrario, es el aliciente, disponible a todo aquel que quiera vivir una existencia serena. La filosofía cosseriana, como la epicúrea, no aboga a favor de la graduación y la obtención del diploma, ese insignificante talismán que proyecta la miseria de una sociedad que ha transformado los verdaderos problemas humanos en ejercicios librescos, sino que pretende lograr una transformación en el sujeto que la practica. Ni una ni otra son filosofías excluyentes y el principio epicúreo lo mismo valdría para ambas: “Que nadie, por joven, tarde en filosofar, ni, por viejo, de filosofar se canse. Pues para nadie es demasiado pronto ni demasiado tarde en lo que atañe a la salud del alma”.¹⁶⁶

En otro orden de ideas, en los libros cosserianos hay una constante denuncia a la ambición y en general al exceso en el que viven los individuos, siendo la fuente principal de sus desdichas. Pero idiotizados omiten el tener que ponerle fin a su deseo, y, como atrapados en una reja, rebotan de un lado a otro sin hallar jamás la tranquilidad. La existencia para Cossery es de una sencillez inimaginable, cuya única finalidad es divertirse. “¡Qué idea más dramática! La vida es mucho más simple. Dame el dinero y me iré. Eso es todo. No tiene nada de trágico, te lo aseguro. ¿Dónde está el drama? Sólo tú crees que el mundo es serio; el mundo es alegre, madre. Tendrías que salir a divertirme un poco”.¹⁶⁷ Referente a esto, ¿no decía Epicuro que la felicidad pendía de un régimen de vida frugal y sencillísimo y que el placer era el fin de la existencia?

Al igual que el filósofo de Samos, Cossery considera que la tranquilidad espiritual es posible siempre que el individuo no se embrolle en conflictos de tipo material. “Como no tenía ninguna ambición de orden material -desdeñaba el dinero

¹⁶⁵ *MO*, pp. 26-27.

¹⁶⁶ Disponible en <https://revistes.ub.edu/index.php/EstudiosHelenicos/article/view/5324/7084>. Consultado el 26 de noviembre de 2023.

¹⁶⁷ *MO*, p. 51.

y los honores-, se las había arreglado para llevar una existencia de poco gasto pero rica en tiempo libre que le permitía profundizar en el conocimiento íntimo de la ciudad".¹⁶⁸ Ya que la verdadera riqueza es "la que está desligada de ese mundo de consumo, violencia y vanidad".¹⁶⁹

Por otro lado, inclusive, la noción de amor tanto en Epicuro como en Cossery parece compartir similitudes. El primero solía sostener que el sabio no debía entregarse al amor, mientras que el segundo afirmaba que, en caso de hacerlo, este sentimiento debía procurarle satisfacción y no dolor. Cossery, como un imaginario discípulo de Epicuro, se resistía a concebir el amor como un pantano angustiante, fuente de sufrimientos insoportables. Por el contrario, creía que incluso las rupturas amorosas traían consigo nuevos deleites. "Otros rostros, otras pasiones lo aguardaban, y reflexionaba sobre su amor fallecido con una serenidad voluptuosa. Cada vez que una relación llegaba a su fin, experimentaba una extraña felicidad, como si la mujer que dejaba se hubiera llevado consigo una parte de su amor, y así un fragmento de él mismo vagaba por el vasto universo". Ya sea que el amor sea rechazado o aceptado, el criterio que lo determina será la medida de placer y dolor que pueda brindar o evitar, respectivamente.

Por otro lado, Cossery reafirma la idea epicúrea según la cual el cultivo de uno mismo requiere del señoreamiento del tiempo; es decir, disponer del ocio necesario para consolidar una sabiduría de la existencia concreta. Es importante recordar que para ambos autores el auténtico conocimiento es aquel provechoso para el individuo. Y lo fructuoso está determinado por los cambios sustanciales que puedan lograr en el ser humano, lo cual es imposible sin un mínimo de ociosidad.

En ese marco, se entiende el motivo por el cual actualmente cada vez es más difícil atrapar unos segundos del transcurrir de las horas para dedicarlos a la creación, a la renovación, a la construcción de uno mismo, sin ser interrumpido por la alarma de un reloj supuestamente inteligente -si en verdad lo fuera, comprendería que el único aviso que necesitamos es aquel que nos libera de las cadenas del deber y

¹⁶⁸ CS, p. 38.

¹⁶⁹ Michel Mitrani, *op. cit.*, p. 128.

nos devuelve a la propia vigilancia-. Sobre todo, se va haciendo imposible cuando las listas de quienes dedican su tiempo en atolondrarse mirando objetos que no necesitan sobre la dureza de sus pantallas, se incrementa.

Para ir cerrando este apartado, recurriré a las siguientes palabras de Agustín García Calvo, pues clarifican lo paradójico que resulta hablar del tiempo libre en los días que corren.

Consideren conmigo, lectores, y echen una cuenta por alto, de lo que es la mayor parte de nuestras vidas: se dedican unos a convencer a otros de que necesitan los productos que van saliendo, y con eso se ganan la vida, esto es, el derecho a disfrutar en su tiempo libre con los entretenimientos que las agencias de otros les ofrecen...Imaginen que un asno cimarrón y algo filósofo se pone desde un risco a contemplarnos o la luna mirándonos de lo alto medita sobre el caso: ¿qué pensarán? Pues algo como “Ese enjambre de bichos se han vuelto locos”.¹⁷⁰

Por lo anteriormente planteado, se afirma que no hay elementos suficientes para sostener que la felicidad enseñada por Epicuro y retomada por Albert Cossery sea equiparable a aquel producto protegido por las vitrinas de los supermercados, cuya etiqueta “felicidad” no coincide con la información del reverso. Seguramente se trata de un producto adulterado, que han manipulado los rufianes del *marketing* para facilitar su venta e incrementar sus ganancias. No, la felicidad que hace posible el perfeccionamiento del ser humano, no tiene nada que ver con el consumo, la productividad, el ser competitivo y toda esa sarta de estupideces que nos restriegan en la jeta, sino, más bien, en la renuncia de todo aquello que se hace pasar por felicidad y placer.

¹⁷⁰ García Calvo, *Mentiras principales*, s/p

3.3 Nietzsche y Cossery o la moral capitalista como la actual moral de esclavos

[...] porque todos estamos divorciados de la vida, todos estamos lisiados, quien más, quien menos. Tan divorciados estamos de la vida que a veces sentimos una especie de repugnancia ante la «vida real» y por ello no toleramos que nos la recuerden.

F. Dostoievski, "Memorias del subsuelo".

Me propongo en este apartado husmear las similitudes intelectuales entre Cossery y Nietzsche. Al igual que en las secciones anteriores, con la finalidad de justificar la simetría, recurro a la fuente que originó la sospecha de que algo en común había en el pensamiento de estos escritores que me llevaron a la presente formulación.

Así pues, he mencionado la escasa literatura existente en torno a la obra del pensador egipcio. Puedo contar con los dedos de la mano los textos que sobre él se han escrito. De entre ellos, me parece indispensable una vez más recurrir a una entrevista, que aquí se ha citado con asiduidad, y que es la realizada por el periodista francés Michel Mitrani (publicada originalmente en el año 1995 en Francia por Editions Joëlle Losfeld), traducida al castellano por la editorial española Pepitas de calabaza, bajo el título *Conversación con Albert Cossery*. Lo que me interesa del escrito referido son las últimas líneas que componen la introducción que, al parecer, fue escrita por el mismo periodista. "Cargado de un humor corrosivo cada libro de Cossery significa irremediamente la despedida definitiva de esa sociedad occidental que aún afila las garras asesinas de su arrogancia y su brutalidad. La visión del mundo de Albert Cossery recibe su luz de *La gaya scienza nietzscheana*".¹⁷¹

Y, ciertamente, tras una lectura del texto del filósofo alemán, se percibe cierta herencia que se prolonga por los escritos cosserianos. No quiero extender demasiado el apartado, haciendo una especie de lista confirmatoria de lo enunciado.

¹⁷¹ Michel Mitrani, *op. cit.*, p. 10.

Me parece, por el contrario, pertinente avocarnos a unos cuantos puntos que coincidirían con el análisis de cierto número de aforismos, que es el estilo literario en el que está escrito *La gaya ciencia*, elegidos desde el interés e interpretación personal, por supuesto.

En primer lugar, considero que parte del desengaño del mundo que sufrió Cossery se debió, en gran medida, a la lectura de Nietzsche, pues, según las propias palabras del filósofo alemán, *La gaya ciencia o la ciencia jovial* fue un texto cuyo objetivo era el de alcanzar una suerte de curación de aquellos prejuicios que lo mantenían unido aún a la sociedad.

Es la actitud de un convaleciente -se lee en los primeros renglones- que alcanza su inesperada curación. *Gaya Ciencia*, ¿qué significa sino las saturnales de un espíritu que resistió pacientemente una terrible y larga presión —paciente, severa, fríamente, sin doblegarse, más sin esperanza—, y ahora, de repente, se ve invadido por la esperanza, por la esperanza de curación, por la embriaguez de la curación?¹⁷²

Lo anterior lo sostengo a partir de algunos rasgos localizados sobre todo en los primeros escritos de Cossery, en los que se perciben las consecuencias surgidas tras los destellos de la lucidez. “La realidad de la que tú me hablas -dijo Gohar- es una realidad hecha de prejuicios. Es una pesadilla inventada por los hombres”.¹⁷³ A través de estas líneas se percibe al resucitado, recién salido de la convalecencia - por utilizar los términos nietzscheanos- que vuelve después de haber penetrado las profundidades de aquellos fortines consagrados por la sociedad occidental y descubrir que no eran más que terrenos movedizos conformados por agua y tierra.

Pero esta horrible evidencia, junto con lo que en realidad es uno mismo, las cosas mismas, el mundo mismo, sin los velos que los han cubierto, es insoportable para la mayoría de los individuos. De vuelta al mundo, después del conocimiento al que se ha enfrentado, el ser humano, haciendo un esfuerzo inconcebible, hace lo

¹⁷² Friedrich Nietzsche, *La gaya ciencia*, p. 7.

¹⁷³ *MO*, p. 183.

imposible por revertir a su primera percepción. Pero, como escribe Nietzsche: “se vuelve como si se hubiera mudado de piel, más quisquilloso, más maligno, con un gusto más sutil para la alegría, con un paladar más fino para las cosas buenas, con la inteligencia más alegre, con una segunda inocencia, más peligrosa, en el placer”.¹⁷⁴

¿Cuál es ese proceso digestivo -pregunta el autor de *El anticristo*- que permite trastocar la enfermedad en risa, júbilo, alegría? Precisamente la *gaya ciencia*. Es decir, un saber, que, por exceso de seriedad, había sido recluso, restándole importancia. Escribe el filósofo alemán:

Pues, en efecto, la jovialidad, o, para decirlo en mi lenguaje, *la gaya ciencia* –es una recompensa de una seriedad prolongada, valiente, laboriosa y subterránea, que, desde luego, no es cosa de cualquiera. Pero el día en que podamos decir de todo corazón: «¡Adelante! También nuestra vieja moral forma parte *de la comedia!*», habremos descubierto un nuevo enredo y una posibilidad para el drama dionisiaco del «destino del alma»-: ¡y ya él sacará provecho de ello, sobre esto podemos apostar, él, el grande, viejo y eterno autor de la comedia de nuestra existencia!¹⁷⁵

Los negadores de la vida vociferan de una y mil maneras el menosprecio que hacia ella sienten, señalándola como la causante de nuestros dolores y angustias; juzgando su valor a partir de la cantidad de placeres que provee. Así, el precio de la existencia está regulado por esta relación entre el dolor y el placer. Y como se percibe la abundancia de sufrimiento y pesar, entonces se considera que la vida es un cataclismo. Pero este juicio no le es suficiente al ser humano, quien se vale de una serie de triquiñuelas para esconder tal evidencia. Voltearle la cara y hacerse - como dice el populacho- de la vista gorda. Ignorar que en la vida nada permanece, pues la disolución es su esencia misma.

Los ideales que proyectamos, las expectativas inalcanzables, los deseos a los que nos afanamos, no tienen otra finalidad más que el creer que su presencia le otorga a la vida un significado. La civilización, con su ostentoso artefacto mercantil

¹⁷⁴ *Idem*, p. 11.

¹⁷⁵ Friedrich Nietzsche, *Genealogía de la moral*, p. 35.

que la sostiene, es dadora tenaz de este tipo de estupideces. Atento lector de Nietzsche, Cossery responde al glaucoma de quien prefiere opacar la mirada, antes que hacerle frente a la verdad. “Abu Chawali odiaba la fantasía; era partidario del realismo más crudo, más despojado de complacencia, que toma a los clientes por la garganta, los asfixia y los deja incapacitados para optimismo alguno”.¹⁷⁶

Mitrani, afirmó que, de acuerdo con el escritor norteamericano Henry Miller, refiriéndose al escritor egipcio: “ninguno describe de manera tan desgarradora ni tan implacable la existencia de las masas humanas hundidas. Cossery alcanza abismos de desesperación, de envilecimiento y de resignación que ni Gorki ni Dostoievski supieron captar”.¹⁷⁷ Y, a pesar de vaciar en un escrito el drama humano, el fango que compone la tragedia humana, afirmar la vida, así tal cual se presenta, algo que sólo es posible con cierta dosis de heroísmo. “En este sentido, la tarea del héroe es circundada por una ambigüedad inexorable: sin dejar de afirmar la vida hasta las heces, con toda la fuerza que se pueda, imprimiéndole el Sí que tanto apreciaba Nietzsche”.¹⁷⁸

Sin lugar a dudas, Nietzsche y Cossery abonan a un conocimiento del mundo donde la alegría es pieza clave. Es lugar común en los textos cosserianos la referencia a la inutilidad por tomarse las cosas demasiado en serio, cuando, en realidad, lo que se requería era considerarlas en su justo valor: una sarta de bufonadas. “Allí donde hubiera debido entristecerse y contener las lágrimas, se sentía sacudido por una enorme risa”.¹⁷⁹ Y esto a razón de percatarse de que en realidad nuestros malestares emergen situaciones en donde nosotros estamos al margen.

—Sí —dijo Gohar—. Ante todo está la realidad nacida de la impostura, y en la cual te debates como pez cogido en una red.

—¿Y cuál es la otra?

¹⁷⁶ *HD*, p. 89.

¹⁷⁷ Michel Mitrani, *op. cit.*, 18.

¹⁷⁸ Luis Alberto Ayala, *op. cit.*, pp. 72-73.

¹⁷⁹ *MO*, p. 100.

–La otra es una realidad jubilosa que refleja la simplicidad de la vida, ya que la vida es simple, señor oficial. ¿Qué necesita un hombre para vivir? Un poco de pan basta.¹⁸⁰

Por otro lado, se cuenta que el instrumento favorito de Nietzsche era el martillo. Tan es así, que hizo de este objeto pieza clave de su filosofía. “Pensar a martillazos” es la expresión de una tarea ardua del pensamiento, encargada de deconstruir lo que el mismo pensamiento construyó. En este sentido, su faena de demolición pasó golpe a antiguos pilares como la historia, el trabajo, la religión, el individuo, la verdad, la metafísica, el conocimiento, la moral.

Lo que le interesa a Nietzsche es, entonces, el desenmascarar los errores insanos que mantienen a los seres humanos esclavizados, atormentados por las desdichas y los sinsabores. *La gaya ciencia* es un ejemplo del derrumbamiento que Nietzsche se ha propuesto como ejercicio reflexivo.

En este tenor, la moral cristiana, al glorificar el resentimiento de los valores nobles, logró que los individuos vivieran como cautivos, sometidos a códigos de comportamiento que, además, están afincados sobre ideales inaccesibles, colocados sobre falsas ideas, como la belleza, la bondad, el bien; y que garantizan la propia ruina de los seres humanos. Por eso, aconseja el filósofo alemán, “si el prójimo (o la sociedad) aconseja el altruismo por las ventajas que le reporta, practica el principio contrario: «Busca tu conveniencia, cueste lo que cueste», y predicará a la vez a las gentes que hagan y que dejen hacer una misma cosa”.¹⁸¹

Desviemos un poco la mirada del cristianismo y volteémosla a la sociedad contemporánea. Pronto nos percataremos de aquella incisiva observación de Paul Lafarge: “La moral capitalista, lastimosa parodia de la moral cristiana, anatemiza la carne del trabajador; su ideal es reducir al productor al mínimo de las necesidades, suprimir sus placeres y sus pasiones y condenarlo al rol de máquina que produce trabajo sin tregua ni piedad”.¹⁸² Es decir, la prolongación de una moral que tiene la

¹⁸⁰ AD, p. 183.

¹⁸¹ Friedrich Nietzsche, *La gaya ciencia*, p. 53.

¹⁸² Paul Lafarge, *El derecho a la pereza*, p. 11.

misma finalidad: someter la vida de la mayoría de seres humanos. “El pequeño burgués terminó por reemplazar al aristócrata holgazán y, previsiblemente, tuvo oportunidad de decretar la nueva cartilla moral. Como no pudo ir más allá de sí mismo, fijó su propia vida como modelo: la propiedad, el consumo y el demasiado trabajo”.¹⁸³

Asimismo, es menester recordar que, para el pensador alemán, la moral de esclavos surge de la reevaluación de los valores por parte de aquellos que están en una posición de debilidad o subordinación. Esta moral se caracteriza por valores como la humildad, la sumisión, la compasión y la obediencia, que son promovidos por aquellos que buscan justificar su situación de opresión o servidumbre. Nietzsche argumenta que la moral de esclavos es una manifestación de resentimiento hacia aquellos que tienen poder y autoridad, y busca invertir los valores tradicionales para nivelar la jerarquía social.

De igual manera, Cossery denuncia la obsesión por el éxito material, el consumismo desenfrenado y la competencia implacable que caracterizan a la cultura capitalista. Para él, esta moral promueve la explotación, la alienación y el conformismo, convirtiendo a las personas en esclavos de un sistema que privilegia el beneficio económico sobre el bienestar humano y la realización personal. En las novelas de Cossery, los personajes suelen rebelarse contra estas normas y valores impuestos por la sociedad capitalista, optando por un estilo de vida alternativo basado en la libertad, la autenticidad y el desprendimiento de las ambiciones convencionales.

En pocas palabras, tanto Nietzsche como Albert Cossery identifican la moral capitalista como una forma moderna de la moral de esclavos, ya que consideran que promueve la sumisión, la explotación y la alienación de los individuos en beneficio de unos pocos privilegiados. “Aquella idea de ir a la ciudad en busca de trabajo era una tentación del demonio. Llevaba en sí el germen de grandes

¹⁸³ Rafael Lemus, *op. cit.*, p. 18.

complicaciones que destruirían el descanso de todos hasta en sus menores detalles”.¹⁸⁴

3.4 Emil Cioran y Albert Cossery o una ética de la negación

El acto supremo de la vida espiritual es la *renuncia*.

Emil Cioran, “Cuadernos”.

Ya en otras ocasiones he llevado a cabo el ejercicio de relacionar el pensamiento cosseriano con el del filósofo rumano Emil Cioran. En un primer momento me interesé por el tema de la pereza, para, posteriormente, pasar a la compatibilidad que tienen respecto de ciertos tópicos, entre ellos su visión de la escritura, su posición escéptica respecto a las fantasmagorías de la civilización, su sobreestimación por la inactividad, entre otros.¹⁸⁵

Al parecer mi fanatismo no ha quedado satisfecho y sigo insistente en ponerlos cara a cara como pone uno el rostro frente al espejo. Así, me propongo la intentona de seguir escudriñando esas huellas que los emparentan, que los aproximan, pero también los separan. En esta ocasión, el análisis radiográfico de sus reflexiones se dirige hacia lo que aquí he llamado una ética de la negación. Comenzaré, en primer lugar, con algunos pormenores generales, para, posteriormente, ir recayendo en la finalidad del texto.

Ambos nacieron a comienzos del siglo XX y abandonaron su ciudad natal para asentarse, hasta el día de su muerte, en tierras parisinas. Este hecho no es fortuito, el recuerdo de la infancia quedará impregnado en su memoria por el resto de sus vidas. Con referencia a esto, escribe Cioran: “Yo no tengo patria. Pero el

¹⁸⁴ HV, p. 111.

¹⁸⁵ Al respecto véase Belén Nava (2022), “Entre el dolor y la alegría de existir: aproximaciones a Émil cioran y Albert Cossery”. Disponible en <http://www.filha.com.mx/publicaciones/edicion/2022-07/entre-el-dolor-y-la-alegria-de-existir-aproximaciones-a-emil-cioran-y-albert-cossery-por-belen-nava-valdes>.

lugar en el que pasé mi infancia está, para mí, tan presente como si lo hubiera visto hace unos días”.¹⁸⁶

Además, compartieron la negativa a adoptar un estilo literario inherente a la filosofía académica. Pues se ejercitaron, por el contrario, en escrituras alternativas, más libres, como lo fueron el fragmento y la novela (motivo por el cual a Cossery, aseguran los expertos, esos que se encargan de clasificar el pensamiento como si éste tuviese sucursales, no puede considerársele un filósofo, en el sentido lato del término. ¡Cómo si la sola preocupación por la existencia no nos acercara, ya de por sí, a ese saber tan ancestral! Sin embargo, no me parece descabellada la idea de cuestionar su identidad filosófica, después de todo Cossery, hasta donde se sabe, no era muy adepto a las etiquetas.) Estos estilos les permitieron darle a la filosofía un nuevo respiradero, aflojándole los botones de la camisa; es decir, sacarla del molde en el que el academicismo la había metido y atado con grilletes a la fuerza. Ya lo decía el pensador rumano, “cuando no se tiene gran afecto por el futuro de la novela hay que alegrarse de ver a los filósofos escribirlas. Siempre que éstos se infiltran en el mundo de las letras es para explotar su desazón o precipitar su bancarrota”.¹⁸⁷

En contrapartida, sus escrituras fungirán, al mismo tiempo, como el *ring* en el que, incluso, el mismo pensamiento filosófico no saldrá ileso.

En mi opinión, la filosofía no es en absoluto un objeto de estudio. La filosofía debería ser algo personalmente vivido, una experiencia personal. Debería hacerse filosofía en la calle, imbricarse la filosofía y la vida. En muchos sentidos me considero efectivamente un filósofo de la calle. ¿Una filosofía oficial? ¿Una carrera de filósofo? ¡Eso sí que no! Toda mi vida me he rebelado y aún hoy me rebelo contra eso.¹⁸⁸

Asimismo, tanto Emil Cioran como Cossery no escribieron en su lengua natal, pues, aunque el pensador rumano sintió especial atracción en hacerlo en un comienzo,

¹⁸⁶ Émil Cioran, *Conversaciones*, p. 29.

¹⁸⁷ Emil Cioran, *Adiós a la filosofía*, p. 91

¹⁸⁸ Emil Cioran, *Conversaciones*, p. 99.

su resistencia a seguir haciéndolo terminará por imponerse. Si los considerásemos como los médicos de la sociedad, y que hay elementos para sostener tal argumento, caeríamos pronto en la cuenta de lo inútil que es enviarle un compendio de patología a quienes desconocen lo mínimo en temas de enfermedades. (Cioran se volvió hipocondriaco. Según él, era experto en auto diagnosticar y tratar sus enfermedades). Pero, además, la razón de ser víctima de este complejo de meteco, según aseguraba el filósofo de los Balcanes, residía en el hecho de que “escribir en una lengua extranjera es emanciparse, es liberarse del pasado propio”.¹⁸⁹

Al mismo tiempo quisiera mencionar que, aprovechando la inmersión en temáticas de índole clínica, la escritura para los pensadores aquí tratados, tiene un efecto terapéutico. Escribimos para liberarnos de los tormentos que desequilibran nuestro estado de ánimo, escribimos para vaciar nuestros infortunios, escribimos acerca de las calamidades que nos azotan, escribimos contra nuestros peores enemigos, para redimirnos del odio que les profesamos. Escribir es, entonces, una manera, a menudo inútil, de exonerarnos, de hacer más soportable y llevadera la existencia. Es una especie de fármaco que amortigua los sinsabores de nuestras noches funestas. Por eso, quien lee corre el riesgo de sufrir el mismo efecto. Ya lo narraba Cossery:

Un día que estaba enferma y decidida, harta de todo, a dejarse morir, una amiga le llevó uno de sus libros. Para complacer a la amiga que le había aconsejado esta lectura, tomó el libro y empezó a leer sin gran entusiasmo. Más tarde, una vez terminada la lectura y con el libro cerrado, sintió en todo el cuerpo un bienestar extraordinario. Ya no estaba enferma y no deseaba de ninguna manera morir. Abandonó su cama animada por una ardiente voluntad de vivir y, ataviada con su vestido más bonito, salió a la calle para clamar su dicha y su salvación.¹⁹⁰

Asimismo, Cioran se hizo amigo de una mujer japonesa que no se suicidó, durante la segunda guerra mundial, gracias a que leyó sus libros. El ejercicio escritural, entonces, por poco que sea, hace el puesto de salvavidas. “Los lectores no me dicen

¹⁸⁹ *Idem*, p. 109.

¹⁹⁰ *Cl*, p. 100.

nunca: «ha escrito usted una bonita novela», como a muchos escritores; me dicen: «me has salvado la vida»¹⁹¹.

Pensadores *outsiders*, huidizos, incapaces de casar con los dogmatismos imperantes. Autores limítrofes, marginales, ajenos a la reducción de la clasificación; no-localizados en sitios determinados, extraviados en el orden común, la suya es la periferia, otro lugar, el margen, los suburbios, las prostitutas, los pobres, los mendigos, el desperdicio de la civilización. Por eso, sus letras son la ventana que conduce a la contemplación de la fatalidad, *una ventana a la nada*. Voyeristas de lo peor. No en vano les es común la inclinación por escritores como Nietzsche y Dostoievski. De este último, dice Cioran:

Lo he leído desde siempre. Pero lo comprendí un poco más adelante. En el período de las noches blancas fue cuando comprendía *Los poseídos*. En todo caso, sólo me gustaban los grandes enfermos, a decir verdad, y, para mí, un escritor que no está enfermo es casi automáticamente un tipo de segundo orden.¹⁹²

Propensos a situarse en un sitio tan inestable como la ironía. Destazadores de lo que aspira a eternizarse, dejando la abertura al descubierto para atestiguar la vacuidad. Deshebran las palabras, a través de la incredulidad de las palabras, convencidos de que “era ese lenguaje el que subyugaba a Samantar, que en el mundo entero había sido reemplazado por un idioma bastardo sacado de los cubos de la basura del comercio”.¹⁹³

Albert Cossery y Emil Cioran estuvieron persuadidos de lo estéril que resulta el suplantar un delirio por otro. El problema no es plantearse la pregunta “¿qué hacemos?”, sino “¿qué dejamos de hacer?” He dicho, al principio del texto, que el primer acercamiento que esboqué a partir de la comunión entre estos autores, fue el tema de la pereza. Sin restarle importancia al resto de las simetrías, éste me parece el nudo que los ata de una forma más estrecha.

¹⁹¹ Michel Mitrani, *op. cit.*, p. 144.

¹⁹² Émil Cioran, *Conversaciones*, p. 226.

¹⁹³ *AD*, p. 15.

Para ambos, el trabajo es una de las peores obscenidades que ha creado el ser humano. El sudor y el cansancio terminaron siendo eslabones ideales de control. Además, coadyuva para no tener que enfrentarnos con nosotros mismos. Pues ocupados como estamos en rendir, la posibilidad de acceder a un tiempo en verdad libre ha quedado reducida a pequeñas esporas en el aire.

La incapacidad para comprender que la única vocación que nos exige la existencia es aquella destinada a la nada, nos ha llevado a equipar vida y acción, convencidos de que, si renunciamos a esta dicotomía, de inmediato la sociedad se ofendería, haciéndonos ver el error que estamos cometiendo. Seremos a sus ojos unos criminales, mafiosos o delincuentes que se niegan a cumplir con el compromiso que, nunca nos enteramos, firmamos. Por ello, “existe una especie de muertos vivientes, personas fatigadas que apenas son conscientes de vivir excepto en el ejercicio de alguna ocupación convencional”.¹⁹⁴

Además, el afán de hacer, de producir, de actuar, resulta un subterfugio perfecto para no tener que mirar de frente al abismo. Preferimos la fachada colorida, que el tono grisáceo del precipicio. Es mucho más cómodo estar oculto en las paredes de nuestros delirios que contemplar la desnudez, el terrible silencio, del mundo. Agazapados en la floritura de las pláticas tan trilladas que van llenando los días, para evitar padecer el mutismo que pudiera devorarnos en la lucidez de la existencia. Pues, “adornar la vida con nuevas imágenes y posesiones, es de hecho el móvil de quienes se desplazan incesantemente”.¹⁹⁵

Por lo anterior, es que Cossery y Cioran ven cómo sus contemporáneos chapotean en su propia idiocia, evitando profundizar en ellos mismos y cumpliendo, más bien, con éticas mercantilistas, como las que el capitalismo engendra. Feligreses del trabajo, los individuos modernos han renunciado a acceder a la sabiduría de la inactividad, pues si su afán intentara siquiera acercarlos a esa experiencia, tendría que reservarles un horario después de su jornada laboral, con el riesgo de tener que posponerlo para el siguiente mes.

¹⁹⁴ Osvaldo Baigorria, *op. cit.*, p. 116.

¹⁹⁵ Rafael Lemus, *op. cit.*, p. 43.

“En el mundo moderno -escribió Cioran- el trabajo se ha convertido en una actividad puramente externa; el hombre no se hace a sí mismo a través de ella, hace cosas”.¹⁹⁶ Con lo cual quería subrayar el adormecimiento espiritual del que es presa el sujeto al ser seducido por el trabajo hacia la trivialización y despersonalización. “Toda su repugnancia por la vida afanosa de los hombres le había subido hasta la boca”.¹⁹⁷

Por lo anteriormente dicho, ambos pensadores hacen, paradójicamente, del pensamiento inactivo un refugio contra esta horda de sujetos movedizos que requieren plegarse a un tiempo que se desmorona en interminables quehaceres. No obstante, la pereza, desde estas perspectivas, sólo es el pretexto para arremeter contra la sociedad y su tozuda laboriosidad. Nunca se plantea como categoría inamovible que los comprometa a tener que seguir la liturgia de defender un ensueño más.

Incluso, para Cioran, había una correspondencia, más allá de la similitud onomatopéyica de los vocablos, entre el parásito y el paraíso. La vida parasitaria es conveniente porque, por lo menos, celebra la oportunidad de reencontrarnos con nuestra insignificancia. De ahí la inclinación común que tienen por las sabidurías orientales como el budismo y el taoísmo. “Para mí, la pereza -escribe Cossery- es una forma de ociosidad. Indispensable para la reflexión. Por eso en Oriente encontramos sabios, profetas”.¹⁹⁸

Empero, Cioran también es un descreído y no omite el lado paradójico de la cuestión. Sabe de lo risible que es el creer lograr en su completitud un estado de perfección. “Sí, es verdad -confirma en la conversación entablada con Michel Jakob-. No se puede vivir en modo alguno en el paraíso, o, mejor dicho, de parásito; comprendí que había que escribir y eso correspondía, desde luego, a una

¹⁹⁶ Lucio Anneo Séneca (*et.al.*), *Contra el trabajo*, p. 89.

¹⁹⁷ *HV*, p. 61.

¹⁹⁸ Émil Cioran, *Conversaciones*, p. 237.

necesidad”.¹⁹⁹ Referente a esto, se sabe que Cossery publicó ocho libros y Cioran poco más de una veintena.

Como se ve Emil Cioran y Albert Cossery comparten una visión pesimista y crítica de la condición humana y de la sociedad en general, lo que los lleva a adoptar lo que aquí he llamado una postura ética de la negación en sus escritos. Cioran argumenta que la vida está inherentemente marcada por el sufrimiento, la absurdidad y la falta de sentido. Para él, la existencia es una carga insostenible, y la negación se convierte en una forma de liberación frente a la inevitabilidad del dolor y la futilidad de la vida. Adoptar una ética de la negación implicaría renunciar a la ilusión de la esperanza y enfrentar la realidad de manera cruda y despiadada. Por su parte, Cossery presenta a personajes que rechazan activamente los valores y las normas de una sociedad que consideran corrupta y decadente. Su ética de la negación se manifiesta en la adopción de un estilo de vida simple y desprendido, en el que se rechazan las ambiciones convencionales en favor de la libertad personal y la satisfacción espiritual.

En resumen, tanto Cioran como Cossery abogan por una ética de la negación como respuesta a la experiencia del sufrimiento y la corrupción en la vida humana y en la sociedad moderna. Para ellos, la negación no es solo una actitud de resignación, sino también un acto de resistencia y liberación frente a un mundo percibido como intrínsecamente problemático y alienante.

¹⁹⁹ *Ibidem.*

Conclusión

Siempre que no se entienda la pereza como la contracara del trabajo, ésta será una salida frente el apabullante del mundo del rendimiento. No desmiento que, haber llevado a cabo un trabajo de esta índole me resultó un tanto complicado. La manera en la que el Capital coopta los discursos y los parapeta en cosas que no se le parecen, exigió, en muchas ocasiones, el tener que regresar una y otra vez a los autores que aquí se congregaron.

Aparentemente, una ética de la pereza sería equiparable con una ética del descanso, con un derecho al tiempo libre, con una ociosidad programada. Lo cierto es que, tras el análisis presentado, la pereza en nada se le parece al descanso que reservamos al fin de semana, tumbados en el sofá de la sala y haciendo *zapping* en el teléfono celular. La resignificación del término, por el contrario, está en correspondencia con las filosofías de la negación desarrolladas en oriente.

En otras palabras, la ética de la pereza podría considerarse como un antídoto frente a las morales del rendimiento, excesivamente valoradas por el capitalismo, las cuales contribuyen al aumento de los desequilibrios mentales que presenciamos en la actualidad, tales como el *burnout*, el síndrome de desgaste ocupacional, el estrés y la depresión. Estas enfermedades, tan comunes en nuestra sociedad hiperproductiva, son producto de un sistema que exige un constante desempeño y una dedicación obsesiva al trabajo, en detrimento de la salud mental y el bienestar emocional. Sin embargo, la ética de la pereza ofrece la posibilidad de cuestionar este paradigma y de revalorizar aspectos como el ocio, la contemplación y la autenticidad en la vida humana. Al promover una actitud de desaceleración y de rechazo a la cultura del exceso y del consumismo, esta ética puede ser una vía hacia una existencia más equilibrada, significativa y plena.

Contrario al discurso hegemónico que enaltece el trabajo como el camino hacia la autorrealización, la sociedad tóxica, a través de tales peroratas, termina por enfermar a sus habitantes, sumergiéndolos en dinámicas incesantes que los alejan

de sí mismos. Practicar el tedio, aquel que Lars Svendsen describe como profundo, se convierte en un refugio contra este mundo que insiste en avanzar a toda velocidad. Poco a poco, observamos cómo el ser humano se aleja cada vez más de la tolerancia a la inacción. La constante obligación de producir, sin importar qué, nos hace incapaces de encontrarnos con nosotros mismos. En su lugar, optamos por seguir cumpliendo con lo que se nos dicta, anestesiándonos hasta la saciedad con la fatiga, aunque esto signifique abandonarnos a nosotros mismos. Como señalaba Dostoievski, para actuar se necesita, ante todo, un mínimo de certeza. Y al parecer, en la sociedad contemporánea, las certezas son escasas y difíciles de alcanzar.

Es decir, en medio del torbellino de la sociedad contemporánea, donde la velocidad y la eficiencia son exaltadas como los valores supremos, se propone la ética de la pereza como un paliativo vital. La cultura del capitalismo voraz impulsa a las personas a vivir en constante movimiento, persiguiendo la producción y el consumo desenfrenados. Sin embargo, en este frenesí, se pierde la oportunidad de apreciar la profundidad de la experiencia humana, de reflexionar sobre nuestras acciones y de conectarnos con nosotros mismos y con los demás. La lentitud, en contraposición, nos invita a desacelerar, a detenernos y a contemplar el mundo que nos rodea.

La ética de la pereza representa esa pausa reflexiva en la que hallamos un espacio para cuestionar las normas y valores impuestos por la moral capitalista. Esta moral reduce la vida a una búsqueda interminable de productividad y éxito material, alimentando la ambición desmedida que Albert Cossery identificó como uno de los males que aquejan a la humanidad.

La actitud del perezoso brinda la oportunidad de recuperar nuestra humanidad, más allá de los discursos superficiales que rodean este término. Al rechazar la lógica del consumismo desenfrenado, es posible recuperar el valor intrínseco de la existencia, exento de su utilidad económica. En este sentido, la pereza se convierte en un acto de resistencia y liberación, ofreciendo la posibilidad de construir una vida más auténtica, significativa y plena, al margen de las exigencias opresivas de la velocidad y la moral capitalistas.

Por cierto, durante el transcurso de la investigación se observó que la ironía característica de Cossery, surgida de una perspectiva desencantada de la vida, actúa como un remedio eficaz contra los dogmatismos que moldean la realidad y que, en última instancia, nos privan de nuestra capacidad de elección, confinándonos a los caminos ya trazados.

Además, al igual que las escuelas helenísticas, la ética de la pereza nos enseña que la verdadera valía reside en el autoperfeccionamiento, la atención hacia uno mismo y la construcción de una identidad propia. Esto se contrapone al discurso predominante que impulsa la conformación de individuos según prototipos predefinidos.

Alejada de un capitalismo darwinista y su moral utilitaria, la pereza abre la puerta hacia la singularidad y la amplía hacia una infinidad de experiencias únicas. Transforma el mundo de las certezas en un espacio vacío, propicio para la auténtica expresión de la creatividad.

Además, la pereza, entendida como una actitud de resistencia frente a las presiones del sistema, nos brinda la oportunidad de explorar nuevas formas de ser y de vivir, liberándonos de las cadenas impuestas por una sociedad obsesionada con la productividad y el éxito material. En este sentido, la pereza se convierte en un acto de rebeldía y de autodeterminación, que nos permite reconectar con nuestra esencia más profunda y encontrar significado en nuestras propias vidas.

El pretexto puede ser Cossery o cualquier otro autor, lo imprescindible es no dejar que el pensamiento crítico languidezca. Convencida estoy de que, si no es él, otros le sucederán con semejante (o tal vez más feroz) inconformismo, poniendo en jaque las contradicciones de un sistema en el que tristemente terminamos adheridos. Pero también estoy más que segura que una empresa de tal índole puede ser todo menos gregaria. La pereza no es un partido político que concentre gran cantidad de adeptos, es, por el contrario, una apuesta totalmente singular.

Considero, por otro lado, que la filosofía no siempre se escribe en grandes tratados y mediante palabras ininteligibles. Se puede decir algo realmente serio a

través del tono socarrón, pero también entrenándose en otros estilos, menos estrechos, más abiertos, cuyo objetivo sea, además, el del hackear, desde las entrañas, al régimen que padecemos. Como lo dijo el mismo Albert Cossery, él no escribió novelas; intentó cavilar con lenguaje versátil un pensamiento propio, infestado por la apetencia de curarse de este mundo abyecto.

Bibliografía

A) Textos de Albert Cossery

- (1940) *Los hombres olvidados de Dios*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1996.
- (1944) *La casa de la muerte segura*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1994.
- (1948) *Los haraganes del valle fértil*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1997.
- (1955) *Mendigos y Orgullosos*, Pepitas de calabaza, La Rioja, 2011.
- (1964) *La violencia y la burla*, Octaedro, Barcelona, 2000.
- (1975) *Una conspiración de saltimbanquis*, Muchnik Editores, Barcelona, 1992.
- (1984) *Una ambición en el desierto*, Pepitas de calabaza, La Rioja, 2013.
- (1999) *Los colores de la infamia*, Octaedro, Barcelona, 2000.

B) Obras y artículos especializados sobre Albert Cossery

FENOGLIO, Irene; DOUCET, Laurent (2023), "Albert Cossery/Archivo colectivo", Disponible en: <https://sulfur-surrealist-jungle.com/2023/03/13/albert-cossery-collective-file/>. (Consultado el 13 de octubre de 2023).

GALAR, José Luis (2013), *Tras Albert Cossery*, Kadmos, Madrid.

LEYS Sophie (2001), *L'Égypte de Cossery*, Éditions Jöelle Losfeld, París.

MITRANI, Michel (2013), *Conversación con Albert Cossery*, Pepitas de calabaza, La Rioja.

SALES, Thiago de Oliveira (2014), *Sobre o divagar filosófico de Albert Cossery*, Tesis, Universidad de Évora, Évora.

VALLET, Stéphane (2008), "Albert Cossery : la disparition du prince de la dérision", Disponible en: <https://blogs.mediapart.fr/stephane-vallet/blog/240608/albert-cossery-la-disparition-du-prince-de-la-derision>. (Consultado el 15 de octubre de 2023).

C) Obras complementarias

AMARA, Luigi (2010), *A pie*, Almadía, México.

Aristóteles (1998), *Metafísica*, Gredos, Madrid.

AYALA, Luis Alberto (2005), *Autómatas espermáticos*, Sexto piso, México.

BAIGORRIA, Osvaldo (comp.) (2014), *Con el sudor de tu frente*, Interzona, Argentina.

BECERRA, David (et. al.) (2013), *Qué hacemos para construir un discurso disidente y transformador con aquello que hoy sirve para enmascarar la realidad y transmitir ideología*, Ediciones Akal, Madrid.

BERARDI, Franco Bifo (2014), *La fábrica de la infelicidad*, Traficantes de sueños, Madrid.

CABACA,

CABANAS Edgar, ILLOUZ (2019), *Happycracia*, Paidós, Barcelona.

CALVO, Agustín García (1996), *Contra el hombre*, Fundación de estudios libertarios, Madrid.

- (2013), *Mentiras principales*, Lucina, Zamora.

-(2012), "Reírse de su padre", Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=4SO3PyEb_DU. (Consultado el 10 de noviembre de 2023).

COMISIÓN NACIONAL DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE, “Derecho humano al trabajo y derechos humanos en el trabajo”, noviembre 2016. Disponible en: <https://www.cndh.org.mx/sites/default/files/documentos/2019-05/Cartilla-DH-trabajo.pdf>. (Consultado el 14 de junio de 2023).

CONCHEIRO, Luciano (2016), *Contra el tiempo. Filosofía práctica del instante*, Anagrama, Barcelona.

CORIAT, Benjamin (2000), *El taller y el cronómetro*, Siglo XXI Editores, México.

DEL ÁGUILA, Rafael (2004), *Sócrates furioso. El pensador y la ciudad*, Anagrama, Barcelona.

DOMÍNGUEZ, Alberto (2014), *Cioran. Manual de antiayuda*, Alrevés, Barcelona.

DONNER, Marian (2022), *Manifiesto en contra de la autoayuda*, Planeta, México.

FOUCAULT, Michel (1994), *Hermenéutica del sujeto*, La piqueta, Madrid.

GARCÍA Gual, Carlos (2022), “Epicuro y algunos epicúreos”, Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=6F0lpavPQi0>. (Consultado el 10 de noviembre de 2023)

HADOT, Pierre (2015), *Epicteto. Manual para la vida feliz*, Errata Naturae.

- (2022), *Epicuro*, Alianza Editorial, Madrid.

HAN, Byung-Chul (2016), *El aroma del tiempo*, Herder, Barcelona.

- (2012), *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona.

HANDKE, Peter (2017), *Ensayo sobre el cansancio*, Alianza Editorial, Madrid.

HEGEL, Friedrich (1995), *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, FCE, México.

HOMERO, *Odisea*, UNAM, México.

KUNDERA, Milan (1995), *La Lentitud*, Tusquets, Barcelona.

- (1990), *El arte de la novela*, Tusquets, Barcelona.

LAERCIO, Diógenes (2013), *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, Alianza, Madrid.

MATÉ, Gabor (2019), “La cultura tóxica”, Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=aupL1LbU-bM>. (Consultado el 13 de octubre de 2023).

LEMUS, Rafael (2015), *Contra la vida activa*, Tumbona Ediciones, México.

LAFARGUE, Paul (2010), *El derecho a la pereza*, Biblioteca Pensamiento Crítico, Barcelona.

MARCO AURELIO (2023), *Meditaciones*, Taurus, México.

NIETZSCHE (2015), Friedrich, *La gaya ciencia*, Colofón, México.

ONFRAY, Michel (2004), *Retrato de los filósofos llamados perros*, Paidós, México.

PIMENTA, Alberto (2014), Discurso sobre el hijo-de-puta, pepitas de calabaza, La Rioja.

SALES, Thiago de Oliveira (2015), *Sobre o divagar filosófico de Albert Cossery*, Tesis, Universidad de Évora, Évora.

SARTORIO, Rafael, *Los cínicos. Diógenes Laercio*, Alhambra, Madrid.

SAVATER, Fernando, (et. al.) (2014), *Muchas felicidades. Tres visiones y más de la idea de felicidad*, Titivillus, México.

- (2018), *Todo mi Cioran, Excursus*, Ariel, México.

SÉNECA, Lucio Anneo (et.al.)(2008), *Contra el trabajo*, Tumbona Ediciones, México.

SMITH, Adam (1996), *La riqueza de las naciones*, Alianza Editorial, Madrid.

STALMAN, Richard (et. al.) (2005), *Contra el copyright*, Tumbona Ediciones, México.

SUSSU,

SVENDSEN, Lars (2008), *Filosofía del tedio*, Tusquets, Barcelona.

VILLEGAS, Jesús (2004), *Monólogos contra la tontería*, Editorial CCS, Madrid.

WORLD LEISURE ORGANIZATION, "Carta sobre el ocio", Disponible en:

https://www.worldleisure.org/wlo2019/wp-content/uploads/2021/07/Charter-for-Leisure_es.pdf. Consultada el 14 de junio de 2023.